

# El carácter de Dios: Atributos “incomunicables”

- 
- + *¿Cómo sabemos que Dios existe?*
  - + *¿Podemos en realidad conocer a Dios?*
  - + *¿De qué manera es Dios diferente de nosotros?*
- 

### I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

---

Este capítulo será una introducción a la doctrina de Dios, o a lo que a veces se llama «teología propiamente», puesto que la palabra teología literalmente significa «el estudio de Dios».<sup>1</sup> En este capítulo y el que sigue examinaremos varios aspectos del carácter de Dios, que tradicionalmente se conocen como sus «atributos».

Antes de considerar el carácter de Dios es necesario empezar con la pregunta básica de *¿cómo sabemos que Dios existe?* Esta pregunta no es el principal enfoque de este texto y se trata más completamente en cursos de apologética. Sin embargo, una introducción a algo de la evidencia de la existencia de Dios proveerá un cimiento útil para el estudio del carácter de Dios. Más allá de esto, también podemos preguntar que si Dios existe, ¿es posible que realmente le conozcamos?

#### A. La existencia de Dios

La respuesta a la primera pregunta que antecede se puede dar en dos partes: Primero, todo ser humano siente por dentro que hay un Dios. Segundo, creemos la evidencia que se halla en la Biblia y en la naturaleza.

**1. La humanidad siente a Dios en su fuero interno.** Todas las personas en todas partes sienten en su fuero interno que Dios existe, que somos sus criaturas y que él es el Creador. Pablo dice que incluso los gentiles incrédulos conocieron a Dios, pero no le honraron como a Dios ni le dieron gracias (Ro 1:21). Dice que los incrédulos perversos «cambiaron la verdad de Dios por la mentira» (Ro 1:25), implicando que activamente y a propósito rechazaron algo de la verdad en cuanto a la existencia y el carácter de Dios que conocían. Pablo dice que «lo

---

<sup>1</sup> La palabra *teología* viene de las palabras griegas *teos* («Dios») y *logos* («palabra, dicho»).

que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos», y que esto es así «pues él mismo se lo ha revelado» (Ro 1:19).

Sin embargo, la Biblia también reconoce que algunos niegan sentir en su fuero interno a Dios e incluso niegan que exista Dios. Es «el *necio*» el que dice en su corazón «no hay Dios» (Sal 14:1; 53:1). Es el malo el que «maldice y renuncia al SEÑOR» y luego repetidamente

piensa con orgullo «no hay Dios» (Sal 10:3-4). Estos pasajes indican que el pecado conduce a las personas a pensar irracionalmente y a negar la existencia de Dios, y que es el que piensa irracionalmente o que ha sido engañado el que dice: «No hay Dios».

En la vida del creyente esta conciencia interna de Dios se vuelve cada vez más fuerte y distinta. Empezamos a conocer a Dios como nuestro amante Padre celestial (Ro 8:15); el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Ro 8:16); y llegamos a conocer que Jesucristo vive en nuestro corazón (Fil 3:8,10; Ef 3:17; Col 1:27; Jn 14:23). La intensidad de esta conciencia para el creyente es tal que aunque no hayamos visto a nuestro Señor Jesucristo, en verdad le amamos (1 P 1:8).

**2. La evidencia que está en la Biblia y en la naturaleza.** Además de la conciencia interna de Dios que tienen las personas y que da claro testimonio del hecho de que Dios existe, en la Biblia y en la naturaleza se ve también clara evidencia de su existencia.

La evidencia de que Dios existe se halla, por supuesto, en toda la Biblia. A decir verdad, la Biblia da por sentado por todas partes que Dios existe. El primer versículo de la Biblia no trata de demostrar la existencia de Dios, sino que empieza de inmediato a decirnos lo que él ha hecho: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra». Si estamos convencidos de que la Biblia es verdad, sabemos por la Biblia no solamente que Dios existe, sino también mucho en cuanto a su naturaleza y sus acciones.

El mundo también da abundante evidencia de la existencia de Dios. Pablo dice que la naturaleza eterna de Dios y su deidad «se perciben claramente a través de lo que él creó» (Ro 1:20). Esta amplia referencia a «lo que él creó» sugiere que en de alguna manera todo lo creado da evidencia del carácter de Dios. No obstante, es el hombre mismo, creado a imagen de Dios, el que da más abundante testimonio de la existencia de Dios: cada vez que nos encontramos con otro ser humano debemos (si nuestra mente piensa como es debido) darnos cuenta de que una criatura tan intrincada, hábil, comunicativa y viva solamente pudo haber sido creada por un Creador infinito y omnisciente.

Además de la evidencia que se ve en la existencia de seres humanos vivos, hay excelente evidencia adicional en la naturaleza. Pablo y Bernabé dicen que las «lluvias del cielo y estaciones fructíferas», así como la «comida y alegría de corazón» que benefician a todas las personas, son testigos de Dios (Hch 14:17). David nos habla del testimonio de los cielos: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos. Un día comparte al otro la noticia, una noche a la otra se lo hace saber» (Sal 19:1-2). Mirar al cielo de día o de noche es ver al sol, la luna, las estrellas, el firmamento y las nubes declarando continuamente la existencia, belleza y grandeza de un Creador poderoso y sabio que las ha hecho y las sostiene en orden.

Así que, para los que evalúan correctamente la evidencia, *todo* en la Biblia y *todo* en la naturaleza prueba claramente que Dios existe y que es el Creador poderoso y sabio que la Biblia dice que es. Por consiguiente, cuando creemos que Dios existe estamos basando nuestra

creencia *no* en alguna esperanza ciega aparte de toda evidencia, sino en *la abrumadora y abundante evidencia fidedigna de las palabras y las obras de Dios*. Es una característica de la verdadera fe que su confianza se basa en evidencia confiable, y la fe en la existencia de Dios tiene también esta característica.

Además, estas evidencias se pueden ver todas como pruebas válidas de la existencia de Dios, aunque algunos las rechacen. Su rechazo de la evidencia no quiere decir que la evidencia en sí misma sea inválida, sino que los que la rechazan la están evaluando incorrectamente.

## B. La cognoscibilidad de Dios

Incluso si creemos que Dios en efecto existe, esto no nos dice si es posible conocer a Dios, ni tampoco nos dice cuánto de Dios podemos conocer. En muchas culturas es muy aceptable profesar fe en la existencia de Dios, pero las opiniones en cuanto a si uno puede conocer a Dios son mucho más diversas. Ahora pasamos a considerar estas cuestiones.

**1. Nunca podremos entender plenamente a Dios.** Debido a que Dios es infinito y nosotros somos finitos y limitados, nunca podremos entender plenamente a Dios. En este sentido se dice que Dios es *incomprensible*, usando el término «incomprensible» en el sentido de «que no se puede entender completamente». Hay que distinguir claramente este sentido del significado más común de «que no se puede entender». No es cierto decir que no se puede comprender a Dios, pero sí es verdad decir que no se le puede entender completa o exhaustivamente.

El Salmo 145:3 dice: «Grande es el SEÑOR, y digno de toda alabanza; *su grandeza es insondable*». La grandeza de Dios está más allá de la búsqueda y del descubrimiento; es demasiado grande para que se le pueda jamás conocer completamente. Respecto al entendimiento de Dios, el Salmo 147:5 dice: «Excelso es nuestro SEÑOR, y grande su poder; *su entendimiento es infinito*». Nunca podremos medir y conocer completamente el entendimiento de Dios: es demasiado grande para que lo igualemos o lo entendamos. De forma similar, al pensar en que Dios conoce sus caminos, David dice: «Conocimiento tan maravilloso rebasa mi comprensión; tan sublime es que no puedo entenderlo» (Sal 139:6; cf. v. 17).

Pablo implica esta incomprensibilidad de Dios cuando dice que «el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios», y luego pasa a afirmar que «nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Co 2:10-12). Al final de una larga explicación de la historia del gran plan divino de redención, Pablo irrumpe en alabanza: «¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!» (Ro 11:33).

Estos versículos nos permiten avanzar un paso más en nuestra comprensión de la incomprensibilidad de Dios. No solamente es verdad que nunca podremos entender completamente a Dios, sino que también es verdad que *nunca podremos entender plenamente nada referente a Dios*. Su grandeza (Sal 145:3), su entendimiento (Sal 147:5), su conocimiento (Sal 139:6), sus riquezas, sabiduría, juicios y caminos (Ro 11:33) están más allá de nuestra capacidad de entenderlos plenamente. Así, pues, podemos saber *algo* del amor de Dios, su poder, sabiduría, etc. Pero nunca podremos saber, por ejemplo, cómo se relaciona el amor de Dios con cada uno de los demás atributos de Dios, y con cada cosa en el universo, ¡por toda la eternidad! Nunca podremos conocer ni completa ni exhaustivamente ninguno de los atributos de Dios.

Esta doctrina de la incomprensibilidad de Dios tiene mucha aplicación positiva en nuestra vida. Quiere decir que nunca podremos saber «demasiado» de Dios, porque nunca agotaremos lo que hay que aprender acerca de él, y por eso nunca nos cansaremos de deleitarnos al descubrir más y más de su excelencia, de su grandeza y de sus obras.

**2. Sin embargo, sí podemos conocer de veras a Dios.** Aunque no podemos conocer a Dios exhaustivamente, sí podemos conocer *verdades* acerca de Dios. Concretamente, *todo lo que la Biblia nos dice* acerca de Dios es verdad. Es verdad decir que Dios es amor (1 Jn 4:8), que Dios es luz (1 Jn 1:5), que Dios es espíritu (Jn 4:24), que Dios es justo (Ro 3:26), etc. Decir esto no implica ni exige que lo sepamos todo acerca de Dios o en cuanto a su amor, su justicia y cualquier otro atributo. Cuando digo que tengo tres hijos, esta afirmación es enteramente cierta, aunque no lo sé todo en cuanto a mis hijos, y ni siquiera en cuanto a mí mismo. Lo mismo sucede con nuestro conocimiento de Dios: tenemos conocimiento verdadero de Dios en la Biblia, aunque no tenemos conocimiento exhaustivo. Podemos saber algunos de los pensamientos de Dios, e incluso muchos de ellos, en la Biblia, y cuando los sabemos, como David, hallamos que son «preciosos» (Sal 139:7).

Lo más importante es que conocemos a *Dios mismo*, no simplemente información acerca de él y lo que hace. En el uso ordinario del idioma, hacemos una distinción entre *tener datos* sobre una persona y conocer a la *persona*. Sería verdad si digo que tengo muchos datos acerca del presidente de los Estados Unidos, pero no sería verdad si dijera que *le conozco*. Decir que le conozco implicaría que me he encontrado con él y he hablado con él, y que he cultivado por lo menos algún grado de relación personal con él.

Algunos dicen que no podemos conocer a Dios mismo, sino solamente datos sobre él o lo que hace. Otros han dicho que no podemos conocer a Dios como es en sí mismo, sino únicamente en la manera en que se relaciona con nosotros (y hay una implicación de que de alguna manera estas dos cosas son diferentes). Pero la Biblia no habla de esa manera. Varios pasajes hablan de *conocer a Dios mismo*. Leemos las palabras de Dios en Jeremías:

Así dice el SEÑOR: «Que no se glorie el sabio de su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien ha de gloriarse, que se glorie *de conocerme* y de comprender que yo soy el SEÑOR, que actúo en la tierra con amor, con derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada afirma el SEÑOR. (Jer 9:23-24)

Aquí Dios dice que la fuente de nuestro gozo y sentido de importancia debe partir, no de nuestras propias capacidades o posesiones, sino del hecho de que le conocemos a él. Similarmente, al orar a su Padre, Jesús puede decir: «Y ésta es la vida eterna: que *te conozcan a ti*, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado» (Jn 17:3). La promesa del nuevo pacto es que todos conoceremos a Dios, «desde el más pequeño hasta el más grande» (He 8:11), y la Primera Epístola de Juan nos dice «que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al Dios verdadero» (1 Jn 5:20; vea también Gá 4:9; Fil 3:10; 1 Jn2:3; 4:8). Juan puede decir: «Les escribo a ustedes, padres, porque han conocido al que es desde el principio» (1 Jn 2:13).

El hecho de que en efecto conocemos a Dios mismo se demuestra además al darnos cuenta de que las riquezas de la vida cristiana incluyen una relación personal con Dios. Como implican estos pasajes, tenemos un privilegio mucho mayor que simplemente tener información sobre Dios. Hablamos con Dios en la oración, y él nos habla mediante su Palabra. Tenemos comunión con él en su presencia, le cantamos alabanzas, y estamos conscientes de que él mora personalmente entre nosotros y en nosotros para bendecirnos (Jn 14:23). En verdad, se puede decir que esta relación personal con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo es la mayor de todas las bendiciones de la vida cristiana.

## C. Introducción al estudio del carácter de Dios: Los atributos de Dios

Al llegar a hablar del carácter de Dios nos damos cuenta de que no podemos decir de una sola vez todo lo que la Biblia nos enseña respecto al carácter de Dios. Necesitamos alguna

manera de decidir qué aspecto del carácter de Dios consideraremos primero, cuál aspecto trataremos en segundo lugar, etc. En otras palabras, necesitamos alguna manera de catalogar los atributos de Dios. Esta cuestión no es tan trivial como pudiera parecer. Hay la posibilidad de que adoptemos un orden erróneo de los atributos o que recalquemos tanto algunos que no presentemos apropiadamente los demás.

Se han usado varios métodos diferentes para clasificar los atributos de Dios. En este capítulo adoptaremos probablemente la clasificación que se usa más comúnmente: los *atributos incomunicables* de Dios (o sea, los atributos que Dios no «comunica» a otros), y los *atributos comunicables* de Dios (o sea, los que Dios nos «comunica»).

Ejemplos de los atributos incomunicables son la eternidad de Dios (Dios ha existido por toda la eternidad pero nosotros no), inmutabilidad (Dios no cambia pero nosotros sí) y omnipresencia (Dios está en todas partes pero nosotros estamos presentes únicamente en un solo lugar en un mismo momento). Ejemplos de los atributos comunicables son el amor (Dios es amor y nosotros podemos amar), conocimiento (Dios tiene conocimiento y nosotros también podemos tener conocimiento), misericordia (Dios es misericordioso y nosotros también podemos serlo) y justicia (Dios es justo y nosotros también podemos serlo). Esta clasificación de los atributos de Dios en dos categorías es útil, y la mayoría de las personas tienen un sentido inicial de cuáles atributos específicos se pueden llamar incomunicables y cuáles se deben llamar comunicables. Así que tiene sentido decir que el amor de Dios es comunicable pero su omnipresencia no.

Sin embargo, al reflexionar un poco más nos damos cuenta de que esta distinción, aunque útil, no es perfecta. Esto se debe a que no hay atributo de Dios que sea *completamente* comunicable, y no hay atributo de Dios ¡que sea *completamente* incomunicable! Esto será evidente si pensamos por un momento en algunas de las cosas que ya sabemos de Dios.

Por ejemplo, la *sabiduría* de Dios por lo general se podría catalogar como atributo comunicable, porque nosotros también podemos ser sabios. Pero nunca seremos infinitamente sabios como Dios lo es. Es lo mismo con todos los atributos que normalmente se llaman «atributos comunicables»: Dios nos los da *en cierto grado*, pero hay que decir que ninguno de estos atributos es completamente comunicable. Es mejor decir que esos atributos que llamamos «comunicables» son los que Dios *comparte más* con nosotros.

Por otro lado, es mejor definir los atributos que llamamos «incomunicables» diciendo que son los atributos de Dios que *comparte menos* con nosotros. Ninguno de los atributos incomunicables de Dios está completamente sin por lo menos alguna semejanza en el carácter de los seres humanos. Por ejemplo, Dios es inmutable, en tanto que nosotros cambiamos. Pero no cambiamos completamente, porque hay algunos aspectos de nuestro carácter que permanecen sin cambio en su mayor parte: nuestra identidad individual, muchos de nuestros rasgos de personalidad, y algunos de nuestros propósitos de largo alcance permanecen sustancialmente sin cambio por muchos años (y seguirán en su mayor parte sin cambio una vez que seamos hechos libres del pecado y empecemos a vivir en la presencia de Dios para siempre).

Usaremos las dos categorías de atributos «incomunicables» y «comunicables» dándonos cuenta a la vez de que no son clasificaciones enteramente precisas, y que hay en realidad mucha superposición entre ellas.

## D. Atributos incomunicables de Dios

**1. Independencia.** La independencia de Dios se define como sigue: *Dios no nos necesita a nosotros ni al resto de la creación para nada, pero nosotros y el resto de la creación le*

*glorificamos y le damos gozo*. Este atributo de Dios a veces se le llama su autoexistencia, o su *aseidad* (de las palabras latinas *a se*, que quiere decir «de sí mismo»).

La Biblia enseña en varios lugares que Dios no necesita de ninguna parte de la creación para existir ni por alguna otra razón. Dios es absolutamente independiente y autosuficiente. Pablo proclama a los hombres de Atenas: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él es Señor del cielo y de la tierra. No vive en templos contruidos por hombres, *ni se deja servir por manos humanas, como si necesitara de algo. Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas*» (Hch 17:24-25). La implicación es que Dios no necesita nada de la humanidad. (Vea también Job 41.11; Sal 50:10-12.)

A veces algunos han pensado que Dios creó a los seres humanos porque se sentía solo y necesitaba comunión con otras personas. Si esto fuera cierto, significaría que Dios no es completamente independiente de la creación. Significaría que *tuvo* que crear a las personas a fin de ser completamente feliz o completamente realizado en su existencia personal.

Sin embargo, hay indicaciones específicas en las palabras de Jesús que muestran que tal idea es inexacta. En Juan 17:5 Jesús ora: «Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con *la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera*». Aquí hay una indicación de que el Padre y el Hijo compartían la gloria antes de la creación. Luego, en Juan 17:24, Jesús habla al Padre de «*la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo*». Había amor y comunicación entre el Padre y el Hijo antes de la creación, y en esta comunión no había ni falta ni defecto que requiriera la creación de la humanidad.

Con respecto a la existencia de Dios, esta doctrina también nos recuerda que sólo Dios existe en virtud de su propia naturaleza, que él nunca fue creado y que nunca empezó a existir. Siempre fue. Esto se ve en el hecho de que todas las cosas que existen fueron hechas por él («Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste *todas las cosas*; por tu voluntad existen y fueron creadas» [Ap 4:11]; esto también se afirma en Jn 1:3; Ro 11:35-36; 1 Co 8:6). Moisés nos dice que Dios existió antes de que hubiera cualquiera otra creación: «*Desde antes* que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, *tú eres Dios*» (Sal 90:2). Dios siempre ha sido y siempre será exactamente lo que es. Su existencia o naturaleza no dependen de nada de la creación.

El ser de Dios es también totalmente único. No es simplemente que Dios *no* necesita a la creación para nada; Dios *no podría* necesitar a la creación para nada. La diferencia entre la criatura y el Creador es una diferencia inmensamente vasta, porque Dios existe en un orden de existencia fundamentalmente diferente. No es simplemente que nosotros existimos y que Dios siempre ha existido; es también que Dios *necesariamente* existe en una manera infinitamente mejor, más fuerte, más excelente. La diferencia entre el ser de Dios y el nuestro es más que la diferencia entre el sol y una vela, es más que la diferencia entre el océano y una gota de lluvia, más que la diferencia entre el casco de hielo del Ártico y un copo de nieve, más que la diferencia entre el universo y el cuarto en donde estamos sentados: El ser de Dios es *diferente cualitativamente*. Ninguna limitación o imperfección de la creación se debe proyectar sobre nuestro pensamiento de Dios. Él es el Creador; todo lo demás es criatura. Todo lo demás puede desaparecer en un instante; él necesariamente existe para siempre.

La consideración de equilibrio respecto a esta doctrina es el hecho de que *nosotros y el resto de la creación en efecto glorificamos a Dios y le damos gozo*. Esto debe afirmarse a fin de guardarnos contra toda idea de que la independencia de Dios nos deja sin significado. Alguien pudiera preguntarse: «Si Dios no nos necesita para nada, ¿somos importantes en algún sentido? ¿Tiene algún significado nuestra existencia o a la existencia del resto de la creación?» En respuesta hay que decir que, en efecto, somos significativos porque Dios nos creó y ha

determinado que *debemos ser significativos para él*. Esta es la definición final de significación genuina.

Dios se refiere a sus hijos de todos los términos de la tierra como «todo el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria, al que yo hice y formé» (Is 43:7). Aunque Dios no tenía que crearnos, determinó hacernos en una decisión totalmente libre. Decidió crearnos para que le glorifiquemos (cf. Ef 1:11-12; Ap 4:11).

También es verdad que podemos dar gozo y deleite real a Dios. Es uno de los hechos más sorprendentes de la Biblia que Dios en realidad se deleita en su pueblo y se regocija por ellos. Sofonías profetiza que el Señor «se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, *se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta*» (Sof 3:17-18; cf. Is 62:3-5). Dios no nos necesita para nada, y sin embargo, el hecho asombroso de nuestra existencia es que él quiere deleitarse en nosotros y permitírnos darle gozo a su corazón. Esta es la base para la significación personal en la vida del pueblo de Dios: ser significativo para Dios es ser significativo en el supremo sentido. Es inconcebible una significación personal mayor.

**2. Inmutabilidad.** Podemos definir la inmutabilidad de Dios como sigue: *Dios es inmutable en su ser, perfecciones, propósitos y promesas; sin embargo, Dios actúa y siente emociones, y actúa y siente diferente en respuesta a circunstancias diferentes.*<sup>2</sup> A este atributo de Dios se le llama *inmutabilidad*.

a. *Evidencia en la Biblia.* En el Salmo 102 hallamos un contraste entre las cosas que pensamos que son permanentes, tales como la tierra o los cielos, por un lado, y Dios, por el otro. El salmista dice:

En el principio tú afirmaste la tierra, y  
los cielos son la obra de tus manos.  
Ellos perecerán, pero tú permaneces.  
Todos ellos se desgastarán como un vestido. Y  
como ropa los cambiarás, y los dejarás de lado.  
Pero tú eres *siempre el mismo*,

y tus años no tienen fin. (Sal 102:25-27)

3

Dios existía antes de que fueran hechos los cielos y la tierra, y existirá mucho después de que todo haya sido destruido. Dios hace que el universo cambie, pero en contraste a este cambio él es «el mismo».

Refiriéndose a sus propias cualidades de paciencia, magnanimidad y misericordia, Dios dice: «Yo, el SEÑOR, no cambio. Por eso ustedes, descendientes de Jacob, no han sido exterminados» (Mal 3:7). Aquí Dios usa una afirmación general de su inmutabilidad para referirse a algunas maneras específicas en las que él no cambia.

La definición que se dio anteriormente especifica que Dios no cambia, no de cualquier manera que pudiéramos imaginar, sino solamente de las maneras en que la misma Biblia afirma. Los pasajes bíblicos ya citados se refieren bien al propio ser de Dios y a algún atributo de su carácter. De estos podemos concluir que Dios es incambiable por lo menos respecto a su «ser», y con respecto a sus «perfecciones» (o sea, sus atributos o varios aspectos de su carácter).

La definición anterior también afirma la inmutabilidad o inalterabilidad de Dios con respecto a sus *propósitos*. «Pero los planes del SEÑOR quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos» (Sal 33:11). Esta afirmación general sobre el consejo de Dios recibe respaldo de varios versículos específicos que hablan de planes o propósitos

individuales de Dios que él ha tenido por toda la eternidad (Mt 13:35; 25:34; Ef 1:4,11; 3:9,11; 2 Ti 2:19; 1 P 1:20; Ap 13:8). Una vez que Dios ha determinado con certeza que va a hacer algo, su propósito no cambia y eso se cumple.

Todavía más, Dios no cambia en sus *promesas*. Una vez que ha prometido algo, no será infiel a esa promesa. «Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?» (Nm 23:19; cf. 1 S 15:29).

b. *¿Cambia a veces Dios de parecer?* Sin embargo, cuando hablamos de que Dios no cambia en sus propósitos tal vez nos preguntemos respecto a algunos lugares de la Biblia en donde Dios dice que juzgará a su pueblo y luego, debido a la oración o al arrepentimiento del pueblo (o a ambas cosas), cedió y no los castigó como dijo que lo haría.

<sup>2</sup>Estas cuatro palabras (*ser, perfecciones, propósitos, promesas*) que se usan para resumir las maneras en que Dios es inmutable son tomadas de Louis Berkhof, *Systematic Theology*, Eerdmans, Grand Rapids, 1939, 1941, p. 58.

<sup>3</sup>Es significativo que este pasaje se cita en He 1:11-12 y se lo aplica a Jesucristo. He 13:8 también aplica a Cristo el atributo de inmutabilidad: «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos». Así, Dios el Hijo participa plenamente de este atributo divino.

Ejemplos de tales retraimientos del castigo incluyen la intervención exitosa de Moisés en la oración para prevenir la destrucción del pueblo de Israel (Éx 32:9-14), la añadidura de otros quince años a la vida de Ezequías (Is 38:1-6), o el hecho de que cuando el pueblo se arrepintió no hizo hacer caer sobre Nínive el castigo prometido (Jon 3:4,10). ¿No son estos casos en los que los propósitos de Dios cambiaron?

Estas instancias se deberían entender como verdaderas expresiones de la actitud *presente* de Dios o su intención *con respecto a la situación según existe al momento*. Si la situación cambia, por supuesto la actitud de Dios o la expresión de intención también cambiará. Esto es simplemente decir que *Dios responde de forma diferente a situaciones diferentes*. El ejemplo de Jonás predicando a Nínive es útil aquí. Dios ve la maldad de Nínive y manda a Jonás a proclamar: «¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!» (Jon 3:4). La posibilidad de que Dios suspendiera el castigo si el pueblo se arrepentía no se menciona explícitamente en la proclamación de Jonás según consta en la Biblia, pero está por supuesto *implícita* en esa advertencia: el *propósito* para la proclamación de la advertencia es producir arrepentimiento. Una vez que el pueblo se arrepintió, la situación fue diferente, y Dios respondió de otra manera a esa situación cambiada: «*Al ver Dios lo que hicieron*, es decir, que se habían convertido de su mal camino, *cambió de parecer y no llevó a cabo la destrucción que les había anunciado*» (Jon 3:10). Como en muchos otros lugares de la Biblia, Dios respondió en forma diferente a la nueva situación, pero con todo permaneció inmutable en su ser y sus propósitos. (En verdad, si Dios *no* respondiera diferente cuando el pueblo actuaba de otra manera, las acciones de la gente no harían ninguna diferencia ante Dios, y él no sería el Dios justo y misericordioso que se describe en la

Biblia; inmutable en sus atributos de justicia y misericordia.)

c. *La cuestión de la impasibilidad de Dios*. A veces al hablar de los atributos de Dios los teólogos han hablado de otro atributo, al que denominan la impasibilidad de Dios. Este atributo, si fuera cierto, querría decir que Dios no tiene ni pasiones ni emociones, sino que es «impasible», no sujeto a pasiones. Por supuesto, Dios no tiene pasiones o emociones *pecaminosas*. Pero la idea de que Dios no tenga *ninguna* pasión o emoción claramente está en conflicto con mucho del resto de la Biblia, y por esa razón no he presentado la impasibilidad de Dios en este libro. Más bien, lo opuesto es verdad, porque Dios, que es el origen de nuestras emociones y que creó nuestras emociones, claro que siente emociones: Dios se regocija (Is 62:5), siente aflicción (Sal 78:40; Ef 4:30), su ira arde contra sus enemigos (Éx 32:10), se

compadece de sus hijos (Sal 103:13), ama con amor eterno (Is 54:8; Sal 103:17). Es un Dios cuyas pasiones habremos de imitar por toda la eternidad: nosotros, como nuestro Creador, aborrecemos el pecado y nos deleitamos en la justicia

d. *Dios es a la vez infinito y personal.* A diferencia de otros sistemas de teología, la Biblia enseña que Dios es a la vez *infinito y personal*. Es infinito en que no está sujeto a ninguna de las limitaciones de la humanidad, o de la creación en general; es mucho más grande que todo lo que ha hecho, mucho más grande que todo lo demás que existe. Pero también es personal: interactúa con nosotros como persona, y podemos relacionarnos con él como personas. Podemos orarle, adorarle, obedecerle y amarle, y él puede hablarnos, regocijarse en nosotros y amarnos.

Aparte de la verdadera religión que se halla en la Biblia, ningún sistema de religión tiene un Dios que es a la vez infinito y personal. Por ejemplo, los dioses de la mitología antigua griega y romana eran *personales* (interactuaban frecuentemente con la gente), pero no eran infinitos: tenían debilidades y caídas morales frecuentes, incluso rivalidades insulsas. Por otro lado, el deísmo pinta a un Dios que es *infinito* pero demasiado distante del mundo para intervenir personalmente en él. Similarmente, el panteísmo sostiene que Dios es infinito (puesto que se piensa que todo el universo es Dios), pero tal Dios no puede ser personal ni relacionarse con nosotros como personas.

Muchas de las objeciones que se levantan contra el cristianismo bíblico tratan de negar una u otra de estas verdades. Algunos dicen que si Dios es infinito no puede ser personal, o dicen que si Dios es personal no puede ser infinito. La Biblia enseña que Dios es a la vez infinito y personal. Debemos afirmar tanto que Dios es infinito (o ilimitado) con respecto al cambio que ocurre en el universo (nada cambiará el ser, ni las perfecciones, propósitos o promesas de Dios), y que Dios también es personal, y que se relaciona con nosotros en forma personal y nos considera valiosos.

e. *Importancia de la inmutabilidad de Dios.* Si hacemos un alto para imaginarnos lo que sería si Dios *podiera* cambiar, la importancia de esta doctrina se hace más clara. Por ejemplo, si Dios *podiera* cambiar (en su ser, perfecciones, propósitos o promesas), cualquier cambio pudiera ser para bien o para mal. Pero si Dios cambia para bien, no era lo mejor que podía ser cuando confiamos en él. Y, ¿cómo podríamos estar seguros ahora de que es lo mejor que puede ser? Pero si Dios pudiera cambiar para mal (en su mismo ser), ¿qué clase de Dios pudiera volverse? ¿Podría convertirse, por ejemplo, en un poquito malo antes que en totalmente bueno? Si pudiera volverse un poquito malo, ¿cómo sabemos que no va a cambiar para hacerse más malo, o *totalmente* malo? Es difícil imaginarse un pensamiento más aterrador. ¿Cómo podríamos jamás confiar en un Dios que pudiera cambiar? ¿Cómo podríamos entregarle nuestra vida?

Además, si Dios pudiera cambiar respecto a sus propósitos, ¿cómo podemos confiar en la promesa de Dios, por ejemplo, de que Jesús volverá para reinar sobre un nuevo cielo y una nueva tierra? Si Dios puede cambiar sus propósitos, tal vez ya ha abandonado ese plan a estas alturas, y nuestra esperanza en el retorno de Jesús es vana. O, si Dios pudiera cambiar respecto a sus promesas, ¿cómo podríamos confiar en él completamente en cuanto a la vida eterna, o para todo lo demás que la Biblia dice?

Una breve reflexión como esta muestra cuán absolutamente importante es la doctrina de la inmutabilidad de Dios. Si Dios no es inmutable, la base total de nuestra fe empieza a desmoronarse, y nuestra comprensión del universo empieza a deshilvanarse. Esto se debe a que nuestra fe, esperanza y conocimiento depende a fin de cuentas de una *persona* que es

*infinitamente digna de confianza*, porque es *absoluta y eternamente* inmutable en su ser, perfecciones, propósito y promesas.

**3. Eternidad.** La eternidad de Dios se puede definir como sigue: *Dios no tiene principio, ni fin, ni sucesión de momentos en su propio ser; y ve todos los tiempos con la misma agudeza; sin embargo, ve los acaecimientos en el tiempo y actúa en el tiempo.*

A veces a esta doctrina se le llama doctrina de la infinitud de Dios con respecto al tiempo. Ser «infinito» es ser ilimitado, y esta doctrina enseña que el tiempo no limita a Dios ni le cambia de ninguna manera.

a. *Dios es atemporal en su propio ser.* El hecho de que Dios no tiene ni principio ni fin se ve en el Salmo 90:2: «Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios». Similarmente, en Job 36:26 Eliú dice de Dios: «¡Incontable es el número de sus años!»

La eternidad de Dios también la sugieren pasajes que hablan del hecho de que Dios siempre es o siempre existe. «*Yo soy el Alfa y la Omega* —dice el SEÑOR Dios—, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Ap 1:8; cf. 4:8).

El hecho de que Dios nunca empezó a existir también se puede deducir del hecho de que Dios creó todas las cosas y que él es en sí mismo un espíritu inmaterial. Antes de que Dios hiciera el universo no había materia, pero entonces él creó todas las cosas (Gn 1:1; Jn 1:3; 1 Co 8:6; Col 1:16; He 1:2). El estudio de la física nos dice que la materia, el tiempo y el espacio deben ocurrir juntos: si no hay materia no puede haber ni espacio ni tiempo. Así que antes de que Dios creara el universo no había «tiempo», por lo menos no en el sentido de una sucesión de momentos consecutivos. Por consiguiente, cuando Dios creó el universo, también creó el tiempo. Pero antes de que hubiera un universo, y antes de que hubiera tiempo, Dios siempre existía, sin principio y sin ser influido por el tiempo.

En algunos lugares la Biblia habla de que Dios existía o actuaba «antes» de que existiera la creación o el tiempo. El Salmo 9:2 habla de Dios «antes que nacieran los montes» y «[antes] que crearas la tierra y el mundo». Efesios 1:4 dice que Dios nos escogió en Cristo «antes de la creación del mundo». Más notablemente Judas 25 dice esto:

¡Al único Dios, nuestro Salvador ... sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad, por medio de Jesucristo nuestro Señor, antes de todos los siglos, ahora y para siempre! Amén.

Aquí Judas atribuye gloria, majestad, dominio y autoridad a Dios «antes de todo el tiempo». Es significativo que los tres descriptivos que usa Judas indican una secuencia de pasado, presente y futuro («antes de todo el tiempo», «ahora», «para siempre»), indicando así que la frase está traducida correctamente como «antes de todo el tiempo».

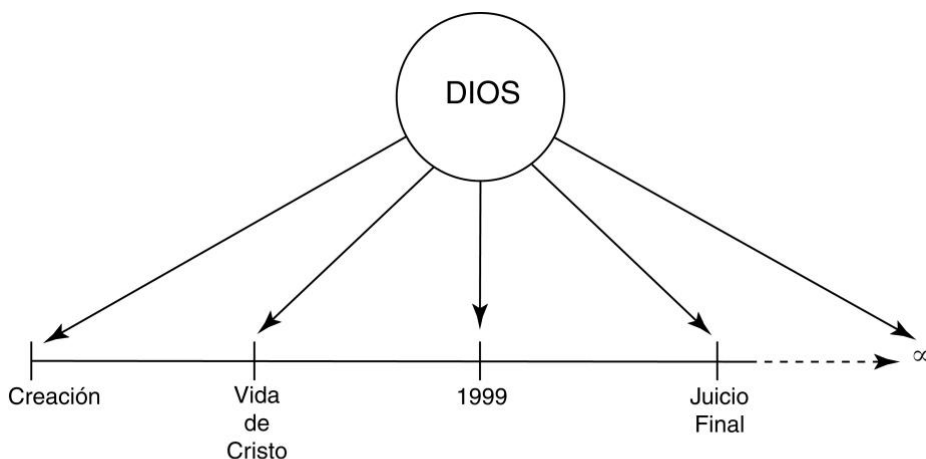
Los pasajes bíblicos antedichos, y el hecho de que Dios siempre existió, incluso antes de que hubiera tiempo, se combinan para indicarnos que el propio ser de Dios no tiene sucesión de momentos o ningún progreso de un estado de existencia a otro. Para Dios toda su existencia siempre es de alguna manera «presente», aunque hay que reconocer que para nosotros la idea es extremadamente difícil de entender, porque es una clase de existencia diferente de la que nosotros experimentamos.

b. *Dios ve todo tiempo con la misma agudeza.* Leemos en el Salmo 90:4: «Mil años, para ti, son como el día de ayer, que ya pasó; son como unas cuantas horas de la noche». En el Nuevo Testamento Pedro nos dice «que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3:8). Estos versículos en conjunto nos ayudan a imaginarnos la manera en

que Dios ve el tiempo. Por un lado Dios ve mil años «como el día de ayer». Él puede recordar con detalles todo lo acaecido hace mil años por lo menos tan claramente como nosotros podemos recordar lo que sucedió «ayer». Cuando nos damos cuenta de que «mil años» no implica que Dios se olvida de las cosas después de mil cien o mil doscientos años, sino que solo es una figura de dicción para denotar un período de tiempo extremadamente largo, tan largo como podamos imaginarlo, se hace evidente que *toda la historia pasada* Dios la ve con perfecta claridad y viveza: todo el tiempo desde la creación es para Dios como si acabara de ocurrir.

Por otro lado, para Dios «un día es como mil años»; o sea, cualquier día desde la perspectiva de Dios parece durar «mil años». Es como si el día nunca terminara, sino que siempre está siendo experimentado. De nuevo, puesto que «mil años» es una figura de dicción que quiere decir «toda la extensión de tiempo que podamos imaginar», o «toda la historia», podemos decir a partir de este versículo que en su conciencia y por la eternidad cualquier día le parece a Dios como presente. Estas dos afirmaciones juntas muestran una asombrosa manera de ver el tiempo: toda la amplitud de la historia es tan vívida como si fuera un breve hecho que acaba de suceder, pero cualquier breve hecho ¡es como si durara para siempre! Ningún acontecimiento se diluye de la conciencia de Dios. Podemos concluir, por consiguiente, que Dios ve y sabe con igual intensidad todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros.

Podemos imaginarnos la relación de Dios con el tiempo como lo indica la figura 4.1. Este diagrama tiene el propósito de mostrar que Dios creó el tiempo y es Señor del tiempo. Por consiguiente puede ver todos los acontecimientos con igual intensidad, y sin embargo, puede ver los acontecimientos en el tiempo y actuar en el tiempo.



Relación de Dios con el tiempo

*figura 4.1*

El diagrama también prelude la explicación que sigue, puesto que indica que Dios sabe los hechos del futuro, incluso el infinitamente largo futuro eterno. Con respecto al futuro, Dios frecuentemente dice por los profetas del Antiguo Testamento que *solamente él sabe y puede declarar acontecimientos futuros*. Leemos en Isaías:

Yo soy Dios, y no hay ningún otro, yo soy Dios, y  
*no hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde  
 el principio; desde los tiempos antiguos, lo que  
 está por venir.* Yo digo: Mi propósito se cumplirá,

4

y haré todo lo que deseo (Is 46:9-10).

Así que Dios de cierta manera está por encima del tiempo y es capaz de verlo todo como presente en su consciencia.

c. *Dios ve los hechos en el tiempo y actúa en el tiempo.* Sin embargo, debemos guardarnos en contra de malos entendidos completando la definición de la eternidad de Dios: «*sin embargo, Dios ve los hechos en el tiempo y actúa en el tiempo*». Pablo escribe: «*Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo*, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley» (Gá 4:4-5). Dios observó claramente y sabía exactamente lo que estaba sucediendo en su creación conforme los hechos se sucedían en el tiempo. Podemos decir que Dios observaba el progreso del tiempo conforme los hechos se sucedían en su creación. Entonces, en el momento apropiado, «cuando se

---

<sup>4</sup>Una lista de pasajes bíblicos en los que se indica que Dios sabía lo que iba a pasar en el futuro contendría varios cientos de versículos. Por esto él demuestra que es el único Dios verdadero.

cumplió el plazo», Dios envió a su Hijo al mundo. No debemos pensar que Dios ve todos los acontecimientos como si se sucedieran al mismo tiempo, ni que no sabe la diferencia entre las cosas que sucedieron en 2000 a.C. (la vida de Abraham), en 1000 a.C. (la vida de David), en 30 d.C. (la muerte de Cristo), y en 1998 d.C. (el año en que estoy escribiendo la página de este libro), y entre esta mañana y esta tarde.

Es evidente en toda la Biblia que Dios actúa dentro del tiempo y actúa diferente en diferentes puntos del tiempo. Verdaderamente, el énfasis repetido en la capacidad de Dios para predecir el futuro en los profetas del Antiguo Testamento nos exige que nos demos cuenta de que Dios predice sus acciones en un punto del tiempo y luego actúa en un punto posterior del tiempo. En una escala mayor, la Biblia entera, desde Génesis a Apocalipsis, es el historial de Dios y la manera en que ha actuado a través del tiempo a fin de dar redención a su pueblo.

Debemos, por consiguiente, afirmar ambas cosas: que Dios no tiene sucesión de momentos en su propio ser y ve toda la historia con igual viveza, y que en su creación ve la sucesión de eventos con el correr del tiempo y actúa diferente en diferentes puntos del tiempo. Dicho de una manera más breve, él es el Señor que creó el tiempo y que lo gobierna y lo usa para sus propios propósitos. Dios puede actuar en el tiempo *porque* es el Señor del tiempo.

**4. Omnipresencia.** Así como Dios es ilimitado e infinito con respecto al tiempo, es ilimitado con respecto al espacio. A esta característica de la naturaleza de Dios se le llama omnipresencia de Dios (el prefijo latino *omni* quiere decir «todo»). La omnipresencia de Dios se puede definir como sigue: *Dios no tiene ni tamaño ni dimensiones espaciales, y está presente en todo punto del espacio con todo su ser, y sin embargo, Dios actúa diferente en diferentes lugares.*

El hecho de que Dios es el Señor del espacio y no puede ser limitado por el espacio es evidente primero por el hecho de que él lo creó, porque la creación del mundo material (Gn 1:1) implica igualmente la creación del espacio. Moisés le recordó al pueblo el señorío de Dios sobre el espacio: «Al SEÑOR tu Dios le pertenecen los cielos y lo más alto de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella» (Dt 10:14).

a. *Dios está presente en todas partes*. Sin embargo, hay también pasajes específicos que hablan de la presencia de Dios en todas partes del espacio. Leemos en Jeremías que el Señor dice: «¿Soy acaso Dios sólo de cerca? ¿No soy Dios también de lejos? ... ¿Podrá el hombre hallar un escondite donde yo no pueda encontrarlo? ... ¿Acaso no soy yo el que llena los cielos y la tierra?» (Jer 23:23-24). Dios aquí está regañando a los profetas que piensan que sus palabras o pensamientos están escondidos de Dios. Él está en todas partes y llena cielos y tierra.

David expresa hermosamente la omnipresencia de Dios:

¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu?  
¿A dónde podría huir de tu presencia? Si  
subiera al cielo, allí estás tú;  
si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también  
estás allí.  
Si me elevara sobre las alas del alba, o me  
estableciera en los extremos del mar, aun allí  
tu mano me guiaría,  
¡me sostendría tu mano derecha! (Sal  
139:7-10)

No hay ninguna parte en el universo, ni en tierra ni en mar, ni en el cielo ni en el infierno, adonde uno pueda huir de la presencia de Dios.

Debemos también notar que no hay indicación de que sencillamente una parte de Dios está en un lugar y otra parte de él en otro. Es Dios *mismo* que estaba presente dondequiera que David pudiera ir. No podemos decir que algo de Dios o solo una parte de Dios está presente, porque eso sería pensar en cuanto a su ser en términos espaciales, como si estuviera limitado por el espacio. Parece más apropiado decir que Dios está presente *con todo su ser* en toda parte del espacio. Para nosotros es difícil imaginar eso, porque el ser de Dios es cualitativamente diferente de todo en la creación.

b. *Dios no tiene dimensiones espaciales*. Si bien parece necesario decir que todo el ser de Dios está presente en toda parte del espacio, o en todo punto en el espacio, también es necesario decir que *ningún espacio puede contener a Dios*, por grande que sea. Salomón dice en su oración a Dios: «Pero ¿será posible, Dios mío, que tú habites en la tierra? *Si los cielos, por altos que sean, no pueden contenerte, ¡mucho menos este templo que he construido!*» (1 R 8:27). Los cielos y los cielos más altos no pueden contener a Dios; ni el espacio más grande imaginable puede contenerlo (cf. Is 66:1-2; Hch 7:48).

Debemos guardarnos de que Dios se extiende infinitamente en todas direcciones de modo que existe en una especie de espacio infinito e interminable. Tampoco debemos pensar que Dios es algo así como un «espacio más grande» o un área más grande que rodea el espacio del universo que conocemos. Todas estas ideas sitúan a Dios en términos espaciales, como si simplemente fuera un ser extremadamente grande. Más bien, debemos tratar de no pensar en Dios en términos de tamaño o dimensiones espaciales. Dios es un ser que existe *sin* tamaño ni dimensiones de espacio.

También debemos tener cuidado de no pensar que Dios es equivalente a alguna parte de la creación o a toda ella. El panteísta cree que todo es Dios, y que Dios es todo lo que existe. La perspectiva bíblica es más bien que Dios está *presente* en toda su creación, pero también que es *algo aparte* de su creación. ¿Cómo puede ser esto? La analogía de una esponja llena de agua no es perfecta, pero útil. El agua está presente en todas las partes de la esponja, pero el agua sigue siendo algo completamente distinto de la esponja. Esta analogía no sirve en pequeños

puntos de la esponja, en donde podríamos decir que hay esponja en alguna parte pero no agua, o agua pero no esponja. Sin embargo, esto se debe a que la analogía está tratando con dos materiales que tienen características y dimensiones espaciales, en tanto que Dios no las tiene.

c. *Dios puede estar presente para castigar, sustentar o bendecir.* La idea de la omnipresencia de Dios a veces es un problema para algunos que se preguntan cómo puede estar presente, por ejemplo, en el infierno. ¿No es el infierno lo opuesto de la presencia de Dios o la ausencia de Dios? Esta dificultad se puede resolver al percatarse de que *Dios está presente de diferentes maneras en diferentes lugares*. Otra manera de entender esto es decir que Dios actúa en forma diferente en diferentes lugares de su creación. A veces Dios está *presente para castigar*, y pareciera que así es como Dios está presente en el infierno. Un aterrador pasaje de Amós pinta vívidamente esta presencia de Dios juzgando:

Ni uno solo escapará, ninguno  
saldrá con vida.

Aunque se escondan en lo profundo del sepulcro, de  
allí los sacaré mi mano. Aunque suban hasta el cielo,  
de allí los derribaré.

Aunque se ocultan en la cumbre del Carmelo, allí los  
buscaré y los atraparé.

Aunque de mí se escondan en el fondo del mar, allí  
ordenaré a la serpiente que los muerda. Aunque vayan al  
destierro arriados por sus enemigos, allí ordenaré que los  
mate la espada. Para mal, y no para bien, fijaré en ellos  
mis ojos. (Am 9:1-4)

En otras ocasiones Dios está presente, no para castigar ni para bendecir, sino *para sustentar*, o para mantener el universo en existencia y funcionando de la manera en que él propuso que funcionara. En este sentido la naturaleza divina de Cristo está presente en todas partes: «Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente» (Col 1:17). El autor de Hebreos dice que Dios Hijo (continuamente) «sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (He 1:3).

Sin embargo, en otras ocasiones y lugares Dios está *presente para bendecir*. David dice: «Me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha» (Sal 16:11). Aquí David no habla de la presencia de Dios para castigar ni solo para sostener, sino de la presencia de Dios para bendecir.

Aquí debemos reconocer que podemos usar las mismas palabras de diferentes maneras. A veces cuando hablamos de que Dios está «presente» simplemente queremos decir que su ser es omnipresente en el universo. Pero en otras ocasiones cuando decimos que Dios está «presente» queremos decir que está presente para dar bendición, o darle a su pueblo una conciencia positiva de su presencia. De hecho, la mayoría de las veces en que la Biblia habla de la presencia de Dios se refiere a la presencia de Dios para dar bendición. Por ejemplo, así es como debemos entender la presencia de Dios sobre el arca del pacto en el Antiguo Testamento. Leemos del «arca del pacto del SEÑOR Todopoderoso, que *reina entre los querubines*» (1 S 4:4; cf. Éx 25:22), que es una referencia al hecho de que Dios dio a conocer su presencia y actuó de una manera especial para bendecir y proteger a su pueblo en el lugar que había designado como su trono, es decir, el lugar encima de las dos figuras de oro de los seres celestiales («querubines») que estaban sobre la tapa del arca del pacto. No es que Dios no haya estado presente en todo otro lugar, sino más bien que dio a conocer su presencia de

manera especial allí y allí manifestó de manera especial su carácter y dio bendición a su pueblo. Es en este sentido que los autores bíblicos por lo general se refieren a la «presencia» de Dios.

En una expresión paralela, cuando la Biblia habla de que Dios estaba «lejos» por lo general quiere decir que «no está presente para bendecir». Por ejemplo, Isaías 59:2 dice: «Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios», y Proverbios 15:29 declara: «El SEÑOR se mantiene lejos de los impíos, pero escucha las oraciones de los justos». Estos versículos no quieren decir que Dios no esté allí de ninguna manera, sino que no está allí para dar bendición al pueblo y dar evidencia de su presencia.

En resumen, Dios está presente en todas partes del espacio con todo su ser, y sin embargo, Dios actúa en forma diferente en diferentes lugares. Es más, cuando la Biblia habla de la presencia de Dios por lo general no se refiere a su omnipresencia en todo punto, ni a su presencia para castigar o sustentar. Más bien, por lo general quiere indicar su presencia para bendecir, y es totalmente normal que nuestro hablar se ajuste al uso bíblico.

Herman Bavinck, en *The Doctrine of God*, cita un hermoso párrafo que ilustra la aplicación práctica de la doctrina de la omnipresencia de Dios.

Cuando usted quiere hacer algo malo, se retira del público a su casa donde ningún enemigo puede verlo; de estos lugares de su casa que están abiertos y visibles a los ojos de los hombres usted se aleja a su propio dormitorio; incluso en su cuarto uno teme algún testigo de otro sector; se retira a su propio corazón, y allí medita: él está más interno que su corazón. Adondequiera, por consiguiente, que usted haya huido, él está allí. De usted mismo, ¿adónde puede huir? ¿No se seguirá usted mismo adondequiera que huya? Pero puesto que hay uno más dentro incluso que usted mismo, no hay lugar donde usted pueda huir de un Dios colérico sino a un Dios reconciliador. No hay absolutamente ningún lugar adonde usted pueda huir. ¿Va a huir de él? Huya hacia él.<sup>2</sup>

**5. Unidad.** La unidad de Dios se define como sigue: *Dios no está dividido en partes; sin embargo, vemos diferentes atributos de Dios recalcados en ocasiones diferentes.*

Cuando la Biblia habla de los atributos de Dios, nunca señala un atributo de Dios como más importante que el resto. Se da por sentado que todo atributo es completamente cierto en cuanto a Dios y es cierto en cuanto a todo el carácter de Dios. Por ejemplo, Juan puede decir que «Dios es luz» (1 Jn 1:5), y apenas un poco más adelante decir que «Dios es amor» (1 Jn 4:8). No hay sugerencia alguna de que parte de Dios es luz y parte de Dios es amor, ni de que Dios es en parte luz y en parte amor. Tampoco debemos pensar que Dios es más luz que amor, ni que es más amor que luz. Más bien es *Dios mismo* que es luz, y *Dios mismo* que es amor a la vez. *Todo el ser* de Dios incluye todos sus atributos: es *por entero* amor, *por entero* misericordioso, *por entero* justo, y así por el estilo. Todo atributo de Dios que hallamos en la Biblia es cierto de *todo* el ser de Dios, y por consiguiente podemos decir que *todo atributo de Dios también califica a todo otro atributo*.

¿Por qué, entonces, la Biblia habla de estos diferentes atributos de Dios? Probablemente porque somos incapaces de captar todo el carácter de Dios a la vez, y necesitamos aprenderlo desde diferentes perspectivas en tiempos diferentes. Sin embargo, nunca hay que colocar estas perspectivas en oposición una contra otra, porque son nada más que diferentes maneras de ver la totalidad del carácter de Dios.

En términos de aplicación práctica esto quiere decir que nunca debemos pensar, por ejemplo, que Dios es un Dios de amor en un punto de la historia y un Dios justo y colérico en

<sup>2</sup> Herman Bavinck, *The Doctrine of God*, trad. por William Hendriksen, Banner of Truth, Edinburgh, 1977, reimpresión de la ed. de 1951, p.164. Esta cita aparece en el libro sin indicación de su fuente.

otro punto de la historia. Siempre es el mismo Dios, y todo lo que dice o hace es plenamente congruente con todos sus atributos. No es apropiado decir, como algunos han dicho, que Dios es un Dios de justicia en el Antiguo Testamento y un Dios de amor en el Nuevo Testamento. Dios es y siempre ha sido infinitamente justo e infinitamente amoroso por igual, y todo lo que hace en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento es completamente congruente con estos dos atributos.

Ahora bien, es cierto que en algunas de las acciones de Dios se destacan ciertos atributos suyos. En la creación se destaca su poder y sabiduría, en el castigo de Sodoma y Gomorra se destaca su santidad, justicia e ira, en la expiación se destaca su amor y justicia, y en el esplendor del cielo se destaca su gloria y belleza. Pero en todo esto de alguna manera u otra *también* se destacan su conocimiento y santidad, su misericordia y verdad, su paciencia y soberanía, etc. Sería difícil en verdad hallar algún atributo de Dios que no se refleje por lo menos en algún grado en cualquiera de sus actos de redención. Esto se debe al hecho mencionado anteriormente: Dios es una unidad y todo lo que hace es un acto de la persona total de Dios.

Por otra parte, la doctrina de la unidad de Dios debe prevenirnos en contra de señalar alguno de los atributos de Dios como más importante que los demás. En varias ocasiones algunos han intentado ver la santidad de Dios, su amor, su autoexistencia, su justicia o algún otro atributo como el atributo más importante de su ser. Pero tales intentos parecen concebir equivocadamente a Dios como una combinación de varias partes, y que algunas partes son de cierta manera más grandes o más influyentes que las demás. Además, es difícil entender exactamente qué podría querer decir eso de «más importante». ¿Quiere decir que hay algunas acciones de Dios que no son plenamente congruentes con alguno de sus otros atributos? ¿Qué hay algunos atributos que Dios de cierta manera a veces deja a un lado a fin de actuar de maneras ligeramente contrarias a esos atributos? Por cierto que no se puede mantener ninguno de esos conceptos, porque significaría que Dios no actúa siempre conforme a su propio carácter y que cambia y de alguna manera se hace diferente a lo que había sido previamente. Más bien, cuando vemos todos los atributos como meramente varios aspectos del carácter total de Dios, una cuestión así se vuelve innecesaria y descubrimos que no hay atributo alguno que se pueda señalar como más importante. *Dios mismo en su ser total* es lo que es supremamente importante, y es Dios mismo en su ser total a quien debemos tratar de conocer y amar.

---

## II. PREGUNTAS DE REPASO

1. Además de la Biblia, ¿qué evidencia tenemos de que Dios existe?
2. ¿Cómo reconciliaría usted la incomprensibilidad de Dios y el hecho de que podemos conocer verdaderamente a Dios?
3. Distinga entre los atributos incommunicables de Dios y los atributos comunicables de Dios.
4. Defina la «independencia» de Dios. ¿Cómo se puede reconciliar las dos partes de esta definición?
5. A la luz de la inmutabilidad de Dios, ¿qué quiere decir la Biblia cuando habla de que Dios cambia de parecer?

6. ¿Ejerce el tiempo algún efecto en Dios? Explique.
7. Si Dios está presente en todas partes, ¿cómo puede estar presente en el infierno si es un lugar de terrible sufrimiento?
8. ¿Hay algún atributo de Dios que es *más* cierto que los demás atributos? Explique.

### III. PREGUNTAS PARA LA APLICACIÓN PERSONAL

---

1. En la actualidad, ¿creen la mayoría de las personas en la existencia de Dios? ¿Ha sido esto cierto en toda la historia? Si creen que Dios existe, ¿por qué no lo adoran como es debido? ¿Por qué algunos niegan la existencia de Dios? ¿Sugiere Romanos 1:18 que hay a menudo un factor moral que influye en su negación intelectual de la existencia de Dios (compare Sal 14:1-3)?
2. A su modo de pensar, ¿por qué Dios decidió revelarse a nosotros? ¿Aprende usted más acerca de Dios a través de su revelación en la naturaleza que de su revelación en la Biblia? A su modo de pensar, ¿por qué los pensamientos de Dios son «preciosos» para nosotros (Sal 139:17)? ¿Diría usted que su relación presente con Dios es una relación personal? ¿De qué manera es esa relación similar a su relación con otras personas, y de qué manera es diferente? ¿Qué podría mejorar su relación con Dios?
3. Al pensar en la independencia de Dios, su inmutabilidad, eternidad, omnipresencia y unidad, ¿puede ver algunos destellos tenues de estos cinco atributos incomunicables en usted mismo según Dios lo creó a usted? ¿Qué quiere decir esforzarse por ser más como Dios en estos aspectos? ¿En qué punto estaría mal querer ser como Dios en cada uno de estos aspectos porque eso significaría intentar usurpar su papel único como Creador y Señor?
4. Explique cómo la doctrina de la inmutabilidad de Dios ayuda a responder a las siguientes preguntas: ¿Podremos desempeñar bien la tarea de criar hijos en un mundo tan perverso como el que tenemos hoy? ¿Es posible tener la misma comunión estrecha con Dios como la tuvieron algunos durante los tiempos bíblicos? ¿Qué podemos pensar o hacer a fin de que las historias bíblicas sean más reales y menos ajenas a nuestra vida presente? ¿Piensa usted que Dios está menos dispuesto a contestar las oraciones hoy que lo que estaba dispuesto en tiempos bíblicos?
5. Si usted peca contra Dios hoy, ¿cuándo empezaría eso a entristecer el corazón de Dios? ¿Cuándo *dejaría* eso de entristecer el corazón de Dios? ¿Le ayuda esta reflexión a entender por qué el carácter de Dios exige que él castigue el pecado? ¿Por qué Dios mandó a su Hijo para que llevara el castigo del pecado, en lugar de simplemente olvidarse del pecado y acoger a los pecadores en el cielo sin tener que aplicarle a nadie el castigo del pecado de otro? ¿Piensa Dios ahora que sus pecados están perdonados o no perdonados?

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

---

|                           |                                        |
|---------------------------|----------------------------------------|
| aseidad                   | infinito                               |
| atributos comunicables    | infinito con respecto al espacio       |
| atributos incommunicables | infinito con respecto al tiempo        |
| autoexistencia            | inmutabilidad                          |
| cognoscible               | invariabilidad                         |
| eternidad                 | omnipresencia                          |
| incomprensible            | sentir a Dios en nuestro fuero interno |
| independencia             | unidad                                 |

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

---

**SALMO 102:25-27**

*En el principio tú afirmaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos.*

*Ellos perecerán, pero tú permaneces.*

*Todos ellos se desgastarán como un vestido. Y como ropa los cambiarás, y los dejarás de lado. Pero tú eres siempre el mismo, y tus años no tienen fin.*

# Los atributos “comunicables” de Dios

---

+ *¿En qué sentido es Dios como nosotros?*

---

### I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

---

En este capítulo consideramos los atributos de Dios que son «comunicables», o que comparte más con nosotros que los mencionados en el capítulo anterior. Hay que recordar que esta división entre «incomunicables» y «comunicables» no es absoluta, y que hay campo para diferencias de opinión respecto a cuáles atributos deben caer en cada categoría. La lista de los atributos que se ponen aquí en la categoría de «comunicables» es común, pero hay que entender que la definición de cada atributo es más importante que poder catalogar los atributos de la manera exacta en que se presentan en este libro.<sup>3</sup>

Este capítulo divide los atributos «comunicables» de Dios en cinco categorías principales.

- A. Atributos que describen el ser de Dios
  - 1. Espiritualidad
  - 2. Invisibilidad
- B. Atributos mentales
  - 3. Conocimiento (u omnisciencia)
  - 4. Sabiduría
  - 5. Veracidad (incluyendo fidelidad)
- C. Atributos morales
  - 6. Bondad (incluyendo misericordia, gracia)
  - 7. Amor
  - 8. Santidad
  - 9. Justicia (o rectitud)
  - 10. Celos
  - 11. Ira
- D. Atributos de propósito
  - 12. Voluntad (incluyendo libertad)
  - 13. Omnipotencia (o poder, incluyendo soberanía)
- E. Atributos «en resumen»

---

<sup>3</sup> Esta lista es bastante completa pero no cubre todo lo que se dice en la Biblia respecto al carácter de Dios. Debido a que la excelencia de Dios es tan rica y plena, se pudieran mencionar otros atributos aparte de los indicados, y algunos de estos se pudieran subdividir en otros atributos específicos.

- 14. Perfección
- 15. Bendición
- 16. Belleza

Debido a que debemos imitar en nuestra vida los atributos comunicables de Dios (Ef 5:1 nos dice: «imiten a Dios, como hijos muy amados»), algunas de estas secciones incluirán una breve explicación de la manera en que debemos imitar el atributo en cuestión.

### A. Atributos que describen el ser de Dios

**1. Espiritualidad.** Algunos a menudo se preguntan: ¿De qué está hecho Dios? ¿Está hecho de carne y sangre como nosotros? Por cierto que no. ¿Cuál es entonces el material que forma su ser? ¿Está Dios hecho de materia alguna? ¿Acaso es energía pura? ¿Acaso es en algún sentido pensamiento puro?

La respuesta de la Biblia es que Dios no es nada de esto. Más bien, leemos que «Dios es *espíritu*» (Jn 4:24). Esta afirmación la dice Jesús en el contexto de su conversación con la mujer junto al pozo en Samaria. La conversación se refiere al *lugar* donde se debe adorar a Dios, y Jesús le dice que la verdadera adoración a Dios no requiere que uno esté *presente* ni en Jerusalén ni en Samaria (Jn 4:21), porque la verdadera adoración no tiene que ver con un lugar físico sino con la condición espiritual de uno. Esto se debe a que «Dios es espíritu» y al parecer significa que Dios no está limitado de ninguna manera a un lugar espacial. No debemos, por consiguiente, pensar que Dios tiene *tamaño* o *dimensiones*, ni siquiera infinitas (vea en el capítulo anterior la explicación sobre la omnipresencia de Dios).

También hallamos que Dios prohíbe que su pueblo piense que *su ser* es similar a *algo que existe* en la creación física. El segundo mandamiento (Éx 20:4) nos prohíbe adorar o servir a «ídolos» o «cualquier cosa que guarde semejanza» con algo en el cielo o en la tierra. Esto es un recordatorio de que el ser de Dios es diferente de todo lo que él ha creado. Pensar en cuanto a su ser en términos de cualquier otra cosa en el universo creado es conceptuarlo erróneamente, limitarlo, pensar que es menos de lo que realmente es. Ciertamente, si bien debemos decir que Dios ha hecho toda la creación de modo que cada parte de ella refleje algo de su propio carácter, también debemos afirmar que describir a Dios como si existiese en una forma o modo de ser que se asemeje a algo en la creación es describirlo de una manera horriblemente equivocada y deshonrosa.

Así que Dios no tiene cuerpo físico, ni está hecho de ninguna clase de materia como casi todo el resto de la creación. Todavía más, Dios no es energía, pensamientos ni ningún otro elemento de la creación. Mas bien debemos decir que Dios es *espíritu*. Sea lo que sea que eso signifique, es una clase de existencia que no se parece a ninguna otra cosa en la creación. Es una existencia muy superior a nuestra existencia material. En este punto podemos definir la espiritualidad de Dios: *Cuando se habla de espiritualidad de Dios se quiere decir que Dios es un ser que no está hecho de ninguna materia, no tiene partes ni dimensiones, no lo pueden percibir nuestros sentidos corporales y es más excelente que toda otra clase de existencia.*

Pudiera parecer que la espiritualidad de Dios se clasificaría mejor como un atributo «incomunicable», puesto que el ser de Dios es completamente diferente al nuestro. No obstante, subsiste el hecho de que Dios nos ha dado espíritus para adorarlo (Jn 4:24; 1 Co

14:14; Fil 3:3), en los cuales estamos unidos al Espíritu del Señor (1 Co 6:17), con el que el Espíritu Santo se une para dar testimonio de nuestra adopción en la familia de Dios (Ro 8:16), y en el que pasamos a la presencia del Señor cuando morimos (Ec 12:7; Lc 23:46; He 12:23; cf. Fil 1:23-24). Por consiguiente, es obvio que hay alguna comunicación entre Dios y nosotros de una naturaleza espiritual que es de alguna manera similar a nuestra propia naturaleza, aunque por cierto no en todo respecto. Por eso también parece apropiado concebir la espiritualidad de Dios como un atributo comunicable.

**2. Invisibilidad.** Relacionado con la espiritualidad de Dios está el hecho de que Dios es invisible. Sin embargo, también debemos hablar de las maneras visibles en que Dios se manifiesta. La invisibilidad de Dios se puede definir como sigue: *La invisibilidad de Dios quiere decir que nosotros nunca podremos ver la esencia total del ser espiritual de Dios, aunque Dios se nos muestra mediante cosas creadas y visibles.*

Muchos pasajes hablan del hecho de que no se puede ver a Dios. «A Dios nadie lo ha visto nunca» (Jn 1:18). Jesús dice: «No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre» (Jn 6:46). Pablo habla de Dios como el «único inmortal, que vive en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver» (1 Ti 6:16).

Debemos recordar que estos pasajes fueron escritos después de muchos acontecimientos de la Biblia en los que el pueblo vio manifestaciones externas de Dios. Por ejemplo, muy temprano en la Biblia leemos: «Y hablaba el SEÑOR con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo» (Éx 33:11). Sin embargo, Dios le dijo a Moisés: «No podrás ver mi rostro, nadie puede verme y seguir con vida» (Éx 33:20). El Antiguo Testamento también registra varias teofanías. Una *teofanía* es una «aparición de Dios». En estas teofanías Dios asumió varias formas visibles para mostrarse a algunas personas. Dios se le apareció a Abraham (Gn 18:1-33), a Jacob (Gn 32:28-30), al pueblo de Israel (como columna de nube de día y de fuego de noche (Éx 13:21-22), a los ancianos de Israel (Éx 24:9-11), a Manoa y su esposa (Jue 13:21-22), a Isaías (Is 6:1), y a otros.

Una manifestación visible de Dios mejor que estas teofanías del Antiguo Testamento la hallamos en la persona de Jesucristo mismo. Él pudo decir: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9). Juan contrasta el hecho de que nadie ha visto jamás a Dios con el hecho de que el unigénito Hijo de Dios le ha dado a conocer: «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1:18). Por tanto, en la persona de Jesús tenemos una manifestación visible única de Dios en el Nuevo Testamento, que no estuvo disponible para los creyentes que vieron teofanías en el Antiguo Testamento.

Es correcto, por consiguiente, decir que aunque nunca podremos ver la *esencia total* de Dios, Dios nos muestra algo de sí mismo mediante cosas visibles, creadas, y especialmente en la persona de Cristo.

Pero, ¿cómo veremos a Dios en el cielo? Nunca podremos ver ni conocer todo de Dios, porque «su grandeza es insondable» (Sal 145:3; cf. Jn 6:46; 1 Ti 1:17; 6:16; 1 Jn 4:12). Y no podremos ver, por lo menos con nuestros ojos físicos, todo el ser espiritual de Dios. Sin embargo, la Biblia dice que veremos a Dios mismo. Jesús dice: «Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (Mt 5:8). Tal vez no sabremos la naturaleza de este «ver» sino hasta que lleguemos al cielo.

Aunque lo que veremos no será una visión exhaustiva de Dios, será completamente una visión de Dios verdadera, clara y real. Le veremos «cara a cara» (1 Co 13:12), y «lo veremos tal como él es» (1 Jn 3:2). En la ciudad celestial «sus siervos lo adorarán; lo verán cara a cara» (Ap 22:3-4).

Cuando nos damos cuenta de que Dios es la perfección de todo lo que anhelamos o deseamos, que es el resumen de todo lo hermoso y deseable, nos comprendemos que el mayor gozo en la vida venidera será que «veremos su cara». Mirar a Dios nos cambiará y nos hará semejantes a él. «Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es» (1 Jn 3:2; cf. 2 Co 3:18). Esta visión de Dios nos dará pleno deleite y gozo por toda la eternidad.

## B. Atributos mentales

**3. Conocimiento (omnisciencia).** El conocimiento de Dios se puede definir como sigue: *Dios se conoce plenamente a sí mismo y todas las cosas reales y posibles en un acto singular y eterno.*

Elíu dijo que Dios tiene «*conocimiento perfecto*» (Job 37:16), y Juan dice que Dios «*lo sabe todo*» (1 Jn 3:20). La cualidad de saberlo todo se llama omnisciencia, y debido a que Dios lo sabe todo se dice que es omnisciente (o sea «todo sapiente»).

La definición anterior explica la omnisciencia en mayor detalle. Dice primero que Dios se conoce plenamente a sí mismo. Este es un hecho asombroso puesto que el propio ser de Dios es infinito e ilimitado. Por supuesto, solamente el que es infinito puede conocerse plenamente a sí mismo en todo detalle. Pablo implica este hecho cuando dice: «Ahora bien, Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Co 2:10-11).

La definición también dice que Dios sabe «todas las cosas *reales y posibles*». Esto quiere decir todas las cosas que existen, todas las cosas que suceden y todas las cosas que pudieran suceder. El conocimiento de Dios de todas las cosas *reales* se aplica a la creación entera, porque Dios es ante quien «ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (He 4:13; cf. 2 Cr 16:9; Job 28:24; Mt 10:29-30). Dios sabe todas las cosas *posibles*, incluyendo cosas que pudieran suceder pero que en realidad no suceden. Por ejemplo, Jesús pudo decir que Tiro y Sidón *no se habrían arrepentido* aunque los milagros de Jesús se hubieran hecho allí antes (Mt 11:21; cf. 1 S 23:11-13; 2 R 13:19, donde Eliseo dice lo que hubiera pasado si el rey Joás hubiera golpeado la tierra cinco o seis veces con las flechas).

Nuestra definición del conocimiento de Dios habla de que Dios sabe todo en «un solo acto singular». Aquí la palabra *singular* se usa en el sentido de «no dividido en partes». Esto quiere decir que Dios siempre está consciente de todo. Si él quisiera decir el número de granos de arena de la orilla del mar, o el número de las estrellas de los cielos, no tendría que contarlas lo más rápido posible como lo haría una computadora gigantesca, ni tampoco tendría que hacer memoria de la cifra como si fuera algo en lo que no hubiera pensado por un buen tiempo. Más bien, él siempre lo sabe todo al instante. No tiene que razonar conclusiones ni meditar con cuidado antes de responder, porque él sabe el fin desde el principio, y nunca aprende o se olvida de algo (cf. Sal 90:4). Todo ápice del conocimiento de Dios está siempre presente en su conciencia; nunca se nubla ni se desvanece en una memoria inconsciente.

Finalmente, la definición habla del conocimiento eterno de Dios como un acto singular, y también como un «acto eterno». Esto simplemente quiere decir que el conocimiento de Dios nunca cambia ni crece. Si aprendiera algo nuevo, no hubiese sido omnisciente anteriormente. Así que desde toda la eternidad Dios ha sabido todo lo que sucedería y todo lo que haría.

**4. Sabiduría.** La sabiduría de Dios quiere decir que Dios siempre escoge las mejores metas y los mejores medios hacia estas metas. Esta definición va más allá de la idea de que Dios sabe

todas las cosas y especifica que las decisiones de Dios en cuanto a lo que va a hacer son siempre decisiones sabias; es decir, que siempre producen los mejores resultados (desde la suprema perspectiva de Dios), y que producen esos resultados mediante los mejores medios posibles.

La Biblia afirma en varios lugares la sabiduría de Dios en general. Se le llama el «único sabio Dios» (Ro 16:27). Job dice de Dios que «profunda es su sabiduría» (Job 9:4), y que «con Dios están la sabiduría y el poder; suyos son el consejo y el entendimiento» (Job 12:7). La sabiduría de Dios se ve específicamente en la creación. El salmista exclama: «¡Oh SEÑOR, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!» (Sal 104:24). Cuando Dios creó el universo lo hizo perfectamente apropiado para que le dé gloria, tanto en sus procesos de todos los días como en los objetivos para los que lo creó. Incluso ahora, aunque vemos los efectos del pecado y la maldición en el mundo natural, debemos asombrarnos de lo armoniosa e intrincada que es la creación divina.

La sabiduría de Dios también se ve en nuestra vida como individuos. «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Ro 8:28). Aquí Pablo afirma que Dios en efecto obra sabiamente en todo lo que nos sucede en nuestra vida, y que mediante todas estas cosas nos hace avanzar hacia la meta de conformarnos a la imagen de Cristo (Ro 8:29). Cada día de nuestra vida podemos acallar nuestro desaliento con el consuelo que viene del conocimiento de la sabiduría infinita de Dios. Si somos sus hijos, podemos saber que él está obrando sabiamente en nuestra vida para llevarnos a una mayor conformidad a la imagen de Cristo.

La sabiduría de Dios, por supuesto, es en parte comunicable a nosotros. Podemos pedir con confianza a Dios sabiduría cuando la necesitamos, porque él nos promete en su palabra: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie» (Stg 1:5). Esta sabiduría, o habilidad para vivir una vida que agrada a Dios, viene primordialmente por la lectura y obediencia a su Palabra: «El mandato del SEÑOR es digno de confianza: da sabiduría al sencillo» (Sal 19:7; cf. Dt 4:6-8). En cuanto a la motivación para adquirir verdadera sabiduría, «el principio de la sabiduría es el temor del SEÑOR» (Sal 111:10; Pr 9:10; cf. Pr 1:7), porque si tememos deshonrar a Dios o desagradarle, y si tememos su disciplina paternal, tendremos la motivación que nos hace querer seguir sus caminos y vivir de acuerdo a sus sabios mandamientos.

Sin embargo, también debemos recordar que la sabiduría de Dios no es enteramente comunicable; nunca podemos participar plenamente de la sabiduría de Dios (Ro 11:33). En términos prácticos, esto quiere decir que habrá frecuentes ocasiones en esta vida cuando no podremos comprender por qué Dios permite que suceda algo. Entonces tendremos simplemente que confiar en él y seguir obedeciendo sus mandamientos sabios para nuestra vida: «Así pues, los que sufren según la voluntad de Dios, entréguese a su fiel Creador y sigan practicando el bien» (1 P 4:19; cf. Dt 29:29; Pr 3:5-6). Dios es infinitamente sabio y nosotros no, y le agrada cuando tenemos fe para confiar en su sabiduría aunque no entendamos lo que él está haciendo.

**5. Veracidad (incluyendo fidelidad).** La veracidad de Dios quiere decir que es el Dios verdadero, y que todo su conocimiento y palabras son a la vez verdad y norma suprema de verdad. La primera parte de esta definición indica que el Dios revelado en la Biblia es el Dios verdadero y real, y que todos los otros que se llaman dioses son ídolos. «Pero el SEÑOR es el Dios verdadero, el Dios viviente, el Rey eterno. ... Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparecerán de la tierra y de debajo del cielo» (Jer 10:10-11). Jesús le dijo a su Padre: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado» (Jn 17:3; cf. 1Jn 5:20).

La definición que antecede también afirma que todo el *conocimiento* de Dios es verdad y norma suprema de verdad. Job nos dice que Dios tiene «conocimiento perfecto» (Job 37:16; vea también los versículos citados bajo la explicación de la omnisciencia de Dios). Decir que Dios lo sabe todo y que su conocimiento es perfecto es decir que nunca se equivoca en su percepción o comprensión del mundo. Todo lo que sabe y piensa es verdad y es una comprensión correcta de la naturaleza de la realidad. De hecho, puesto que Dios lo sabe todo infinitamente bien, podemos decir que la norma del conocimiento verdadero es conformidad al conocimiento de Dios. Si pensamos lo mismo que Dios piensa acerca de algo en el universo, estamos pensando lo correcto respecto a eso.

Nuestra definición también afirma que las palabras de Dios son *verdad y norma suprema de verdad*. Esto quiere decir que Dios es confiable y fiel en sus palabras. Con respecto a sus promesas, Dios siempre hace lo que promete hacer, y podemos confiar en que nunca será infiel a sus promesas. «Dios es fiel» (Dt 32:4). Es más, este aspecto específico de la fidelidad de Dios a veces se ve como un atributo distinto: *La fidelidad de Dios quiere decir que Dios siempre hará lo que dice y cumplirá lo que prometió* (Nm 23:19; cf. 2 S 7:28; Sal 141:6; et ál.). Se puede confiar en él, y él jamás será infiel a los que confían en lo que él ha dicho. En verdad, la esencia de la verdadera fe es tomarle la palabra a Dios y confiar en que hará lo que ha prometido.

La veracidad de Dios también es comunicable en que podemos imitarla en parte tratando de tener verdadero conocimiento acerca de Dios y de su mundo. Es más, al empezar a tener pensamientos verdaderos sobre Dios y la creación, pensamientos que aprendemos de la Biblia y al permitir que la Biblia nos guíe en nuestra observación e interpretación del mundo natural, empezamos a pensar los pensamientos de Dios como los piensa él. El crecimiento en el conocimiento es en parte el proceso de llegar a ser más semejantes a Dios. Pablo nos dice que nos vistamos de la «nueva naturaleza», la cual, dice, «se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10).

En una sociedad a la que le importa extremadamente poco la verdad de las palabras habladas, nosotros como hijos de Dios debemos imitar a nuestro Creador y prestar mucha atención para asegurarnos de que nuestras palabras siempre sean ciertas. «Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza con sus vicios, y se han puesto el de la nueva naturaleza, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:9-10). Es más, debemos imitar la veracidad de Dios en nuestra reacción emocional a la verdad y a la falsedad. Como Dios, debemos *amar* la verdad y *aborrecer* la falsedad. El mandamiento de no dar falso testimonio contra el prójimo (Éx 20:16), como los demás mandamientos, exige no una simple conformidad externa sino también conformidad en la actitud del corazón. El que agrada a Dios «de corazón dice la verdad» (Sal 15:2), y procura ser como el justo que «aborrece la mentira» (Pr 13:5).

## C. Atributos morales

**6. Bondad (incluyendo misericordia, gracia).** *La bondad de Dios quiere decir que Dios es la norma suprema de lo bueno, y que todo lo que Dios es y hace es digno de aprobación.* En esta definición «bueno» se puede entender como «digno de aprobación», pero esto nos lleva a la pregunta, ¿aprobación de quién? Debido a que no somos mas que criaturas, no tenemos libertad de decidir lo que merece aprobación y lo que no la merece. A fin de cuentas, y por consiguiente, el ser y las cosas que Dios hace son perfectamente dignos de su aprobación. Él es, por tanto, la norma definitiva de lo bueno. Jesús implica esto cuando dice: «Nadie es bueno sino solo Dios» (Lc 18:19). Los Salmos frecuentemente afirman que «el SEÑOR es bueno» (Sal 100:5), o exclaman: «Den gracias al SEÑOR, porque él es bueno» (Sal 106:1;

107:1, et ál.). Por consiguiente, podemos decir que «bueno» es lo que Dios aprueba, porque no hay norma más alta de bondad que el propio carácter de Dios y su aprobación de lo que sea que concuerda con ese carácter.

Nuestra definición también afirma que todo lo que Dios *hace* es digno de aprobación. Vemos evidencia de esto en la narración de la creación: «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno» (Gn 1:31). La Biblia también nos dice que Dios es fuente de todo lo bueno en el mundo: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Stg 1:17; cf. Sal 145:9; Hch 14:17). Todavía más, Dios solo hace buenas cosas por sus hijos. Leemos: «El SEÑOR brinda generosamente su bondad a los que se conducen sin tacha» (Sal 84:11). Jesús enseña que mucho más que un padre terrenal, nuestro Padre celestial «dará cosas buenas a los que le pidan» (Mt 7:11), y el escritor de Hebreos observa que incluso su disciplina paternal es una manifestación de su amor y es para nuestro bien (He 12:10).

En imitación a este atributo comunicable, debemos también hacer el bien (o sea, hacer lo que Dios aprueba) y por consiguiente imitar la bondad de nuestro Padre celestial. Pablo escribe: «Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe» (Gal 6:10; cf. Lc 6:27,33-35; 2 Ti 3:17). Es más, cuando nos damos cuenta de que Dios es la definición y fuente de todo bien, reconoceremos que Dios es el supremo bien que buscamos. Diremos con el salmista:

¿A quién tengo en el cielo sino a ti?

Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.

Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece  
mi corazón; él es mi herencia eterna.

(Sal 73:25-26; cf. 16:11; 42:1-2)

La bondad de Dios se relaciona estrechamente con varias otras características de su naturaleza. Por ejemplo, la *misericordia* y la *gracia* pueden verse como dos atributos separados, o como aspectos específicos de la bondad de Dios. *Misericordia* es la bondad de Dios hacia los que se hallan en miseria y aflicción. *Gracia* de Dios quiere decir bondad de Dios hacia los que solo merecen castigo.

Estas dos características de la naturaleza de Dios a menudo se mencionan juntas, especialmente en el Antiguo Testamento. Cuando Dios proclamó su nombre a Moisés, proclamó: «El SEÑOR, el SEÑOR, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad» (Éx 34:6). David dice en el Salmo 103:8: «El SEÑOR es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor».

La gracia como la bondad de Dios mostrada especialmente a los que no la merecen se ve frecuentemente en los escritos de Pablo. Él recalca que la salvación por gracia es lo opuesto a salvación mediante el esfuerzo humano, porque la gracia es algo que se otorga gratuitamente: «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (Ro 2:23-24).

### 7. *Amor.* El amor de Dios quiere decir que Dios se da eternamente a otros.

Esta definición entiende el amor como darse a uno mismo desprendidamente para beneficio de otros. Este atributo de Dios muestra que es parte de su naturaleza darse a sí mismo a fin de dar bendición o bien a otros.

Juan nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4:8). Vemos evidencia de que este atributo de Dios estaba activo entre los miembros de la Trinidad incluso antes de la creación. Jesús le habla a

su Padre de «mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo» (Jn 17:24), indicando así que había amor y una entrega de honor de parte del Padre al Hijo desde toda la eternidad. Este amor también es recíproco, porque Jesús dice: «Pero el mundo tiene que saber que amo al Padre, y que hago exactamente lo que él me ha ordenado que haga» (Jn 14:31). El amor entre el Padre y el Hijo también presumiblemente caracteriza su relación con el Espíritu Santo, aunque no se dice explícitamente. Este amor eterno entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen del cielo un mundo de amor y gozo porque cada persona de la Trinidad trata de dar gozo y felicidad a los otros dos.

Este dar de sí mismo que caracteriza a la Trinidad halla clara expresión en la relación de Dios con la humanidad, y especialmente con los pecadores. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados» (1 Jn 4:10). Juan también escribe: «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Debería ser causa de gran gozo para nosotros saber que es el propósito de Dios el Padre, Hijo y Espíritu Santo darse a sí mismos a fin de darnos verdadero gozo y felicidad. Es naturaleza de Dios actuar de esta manera hacia aquellos sobre quienes ha puesto su amor, y continuará actuando de esa manera hacia nosotros por toda la eternidad.

Nosotros imitamos este atributo comunicable de Dios, primero amando a Dios en reciprocidad, y segundo amando a los demás en imitación de la manera en que Dios los ama. Todas nuestras obligaciones ante Dios se pueden resumir en esto: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente ... Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22:37-38). Si amamos a Dios, obedeceremos sus mandamientos (1 Jn 5:3) y haremos lo que le agrada. Amaremos a Dios y no al mundo (1 Jn 2:15); y haremos esto porque él nos amó primero (1 Jn 4:19).

**8. Santidad.** *La santidad de Dios quiere decir que él está separado del pecado y dedicado a buscar su propio honor.* Esta definición contiene una cualidad relacional (separación de) y una cualidad moral (la separación es del pecado o del mal, y la devoción tiene como propósito dar honor y gloria a Dios). El concepto de la santidad como separación del mal y devoción a la gloria de Dios se halla en varios pasajes del Antiguo Testamento. Por ejemplo, la palabra *santo* se usaba para describir ambas partes del tabernáculo. El tabernáculo en sí mismo era un lugar separado del mal y del pecado del mundo, y el primer recinto se llamaba «Lugar Santo». Estaba dedicado al servicio de Dios. Pero luego Dios ordenó que hubiera un velo o cortina, «la cual separará el Lugar Santo del Lugar Santísimo, y coloca el arca del pacto detrás de la cortina» (Éx 26:33). El Lugar Santísimo, en donde se guardaba el arca del pacto, era el lugar más separado del mal y del pecado, y más completamente dedicado al servicio de Dios.

Dios mismo es el Santísimo. Se le llama el «Santo de Israel» (Sal 71:22; 78:41; 89:18; Is 1:4; 5:19,24; et ál.). Los serafines alrededor del trono de Dios claman: «Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3). «Exalten al SEÑOR nuestro Dios; adórenlo en su santo monte: ¡Santo es el SEÑOR nuestro Dios!» (Sal 99:9; cf. 99:3,5; 22:3).

La santidad de Dios es el modelo que su pueblo ha de imitar. Les ordena: «Sean santos, porque yo, el SEÑOR su Dios, soy santo» (Lev 19:2; cf. 11:44-45; 20:26; 1 P 1:16). Cuando Dios sacó a su pueblo de Egipto, los acercó a él y les ordenó que obedecieran su voz, les dijo: «Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19:4-6). En este caso la idea de separación del mal y del pecado (que aquí incluyó de una manera muy contundente la separación de la vida en Egipto) y la idea de devoción a Dios (al servirle y obedecer sus

estatutos), se ven en el ejemplo de una «nación santa». Los creyentes del nuevo pacto también deben buscar «la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (He 12:14) y saber que la disciplina de Dios se nos aplica «a fin de que participemos de su santidad» (He 12:10). No solamente los individuos, sino también la misma Iglesia debe crecer en santidad (Ef 5:26-27), hasta el día cuando todo en la tierra estará separado del mal, purificado del pecado y dedicado al servicio de Dios con verdadera pureza moral (Zac 14:20-21).

**9. Rectitud (o justicia).** En español los términos *rectitud* y *justicia* son palabras diferentes, pero lo mismo en el hebreo del Antiguo Testamento que en el griego del Nuevo Testamento hay solamente un grupo de palabras detrás de estos dos vocablos del español. Por consiguiente, se considerará que estos dos términos se refieren a un solo atributo de Dios. *La rectitud de Dios es el concepto de que el Señor siempre actúa de acuerdo a lo que es correcto y es en sí mismo la norma suprema de lo que es recto.*

Hablando de Dios, Moisés dice: «Todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4). Abraham apela con éxito al carácter recto de Dios cuando dice: «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?» (Gn 18:25). Dios mismo dice: «Yo, el SEÑOR, digo lo que es justo, y declaro lo que es recto» (Is 45:19). En virtud de su rectitud, Dios tiene que tratar a las personas de acuerdo a lo que se merecen. Es necesario que Dios castigue el pecado, porque el pecado no merece premio; es malo y merece castigo.

Cuando Dios no castiga el pecado, nos parece que es injusto, a menos que se vea que hay otra manera de castigar el pecado. Por esto Pablo dice que cuando Dios envió a Cristo como sacrificio para que llevara el castigo del pecado, fue «para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús» (Ro 3:25-26). Cuando Cristo murió para pagar la pena de nuestros pecados, mostró que Dios era verdaderamente recto, porque en efecto aplicó el castigo apropiado al pecado, aunque en efecto perdonó a su pueblo sus pecados.

Con respecto a la definición de rectitud dada anteriormente, podemos preguntar: ¿Qué es «recto»? En otras palabras ¿qué debe suceder y qué debe ser? Aquí debemos responder que *todo lo que se conforma al carácter moral de Dios es recto*. Pero, ¿por qué es recto todo lo que se conforma al carácter moral de Dios? ¿Es recto porque se conforma a su carácter moral! Si en verdad Dios es la norma suprema de rectitud, no puede haber una norma fuera de Dios por la que midamos la rectitud o justicia. Él mismo es la medida suprema.

En respuesta a las preguntas de Job sobre si Dios había sido recto en sus tratos con él, Dios le responde: «¿Corregirá al Todopoderoso quien contra él contiende? ... ¿Vas acaso a invalidar mi justicia? ¿Me harás quedar mal para que tú quedes bien?» (Job 40:2,8). Luego Dios no le responde en términos de explicación que le permitirían a Job entender por qué las propias acciones de Dios eran rectas, sino más bien en términos de ¡una afirmación de la majestad y poder de Dios! Dios no necesita explicarle a Job la rectitud de sus acciones, porque Dios es el Creador y Job es la criatura (cf. Job 40:9ss).

No obstante, debe ser motivo de acción de gracias y gratitud darnos cuenta de que Dios tiene rectitud y omnipotencia. Si fuera un Dios de perfecta rectitud sin el poder de llevar a la práctica esa rectitud, no sería digno de adoración y no tendríamos ninguna garantía de que la justicia a la larga prevalecerá en el universo. Pero si fuera un Dios de poder ilimitado, y no hubiera rectitud en su carácter, ¡cuán impensablemente horrible sería el universo! Habría injusticia en el centro de toda existencia y no habría nada que pudiera cambiarla. Debemos por consiguiente agradecer y alabar continuamente a Dios por lo que él es: «Todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4).

**10. Celos.** Aunque la palabra *celos* se usa con frecuencia en sentido negativo en español, también a veces toma un sentido positivo. Por ejemplo, Pablo les dijo a los corintios: «El celo que siento por ustedes proviene de Dios» (2 Co 11:2). Aquí el sentido es «fervientemente protector y vigilante». Tiene el significado de estar profundamente comprometido a buscar el honor y bienestar de alguien, sea de uno mismo o de algún otro.

La Biblia dice que Dios es celoso de esta manera. Continúa y fervientemente protege su honor. Le ordena a su pueblo no postrarse ante ídolos ni servirlos, diciendo: «Yo, el SEÑOR tu Dios, soy un Dios celoso» (Éx 20:5). Él desea que se le rinda adoración a él y no a dioses falsos (Éx 34:14; cf. Dt 4:24; 5:9). El celo de Dios se puede definir entonces como sigue: *El celo de Dios significa que Dios continuamente busca proteger su honor.*

A algunas personas les cuesta trabajo pensar que el celo es un atributo deseable en Dios. Esto se debe a que el celo por su propio honor como seres humanos siempre es errado. No debemos ser orgullosos, sino humildes. Sin embargo debemos darnos cuenta de que el orgullo es malo por una razón teológica: Es que no merecemos el honor que pertenece solamente a Dios (cf. 1 Co 4:7; Ap 4:11).

Sin embargo, no es incorrecto que Dios busque honor porque se lo merece plenamente. Dios reconoce abiertamente que sus hechos en la creación y la redención fueron por su propio honor. Hablando de su decisión de retener el castigo de su pueblo, Dios dice: «Y lo he hecho por mí, por mí mismo. ¿Cómo puedo permitir que se me profane? ¡No cederé mi gloria a ningún otro!» (Is 48:11). Es saludable para nosotros espiritualmente cuando entendemos en nuestro corazón el hecho de que Dios merece todo honor y gloria de su creación, y que es correcto que él busque este honor. Sólo él es infinitamente digno de ser alabado. Darnos cuenta de este hecho y deleitarnos en él es hallar el secreto de la verdadera adoración.

**11. Ira.** Tal vez nos sorprenda descubrir cuán frecuentemente la Biblia habla de la ira de Dios. Sin embargo, si Dios ama todo lo que es recto y bueno y todo lo que se conforma a su carácter moral, es lógico que aborrezca todo lo que se opone a su carácter moral. Por consiguiente, la ira de Dios dirigida contra el pecado se relaciona estrechamente con la santidad y justicia de Dios. La ira de Dios se puede definir como sigue: *La ira de Dios significa que él aborrece intensamente el pecado.*

Se hallan frecuentes descripciones de la ira de Dios cuando el pueblo de Dios peca grandemente contra él. Dios ve la idolatría del pueblo de Israel y le dice a Moisés: «Ya me he dado cuenta de que éste es un pueblo terco ... No te metas. Yo voy a descargar mi ira sobre ellos, y los voy a destruir» (Éx 32:9-10). Más adelante Moisés le dijo al pueblo: «Recuerda esto, y nunca olvides cómo provocaste la ira del SEÑOR tu Dios en el desierto. ... A tal grado provocaste su enojo en Horeb, que estuvo a punto de destruirte» (Dt 9:7-8; cf. 29:23; 2 R 22:13).

Sin embargo, la doctrina de la ira de Dios en la Biblia no se limita al Antiguo Testamento, como algunos han imaginado falsamente. Leemos en Juan 3:36: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que *permanecerá bajo el castigo de Dios*». Pablo dice: «Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad» (Ro 1:18; cf. 2:5,8; 5:9; 9:22; Col 3:6; 1 Ts 1:10; 2:16; 5:9; He 3:11; Ap 6:16-17; 19:15).

Este también es un atributo por el que debemos agradecer y alabar a Dios. Tal vez no comprendamos de inmediato cómo se puede hacer esto, puesto que la ira parece ser un concepto negativo. Sin embargo, es útil preguntarnos qué sería Dios si fuera un Dios que no aborreciera el pecado. Sería entonces un Dios que se deleitaría en el pecado o por lo menos no se molestaría por el pecado. Tal Dios no sería digno de adoración, porque el pecado es

abhorrecible y *digno* de ser abhorrecido. El pecado no debería ser. Es en verdad una virtud abhorrecer el mal y el pecado (cf. Zac 8:17; He 1:9, et ál.), y nosotros imitamos correctamente este atributo de Dios cuando sentimos abhorrecimiento contra el gran mal, la injusticia y el pecado.<sup>4</sup>

Además, como creyentes no debemos sentir temor de la ira de Dios, porque aunque «como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios» (Ef 2:3), ahora hemos confiado en Jesús, «que nos libra del castigo venidero» (1 Ts 1:10; cf. Ro 5:10). Cuando meditemos en la ira de Dios, nos asombraremos al pensar que nuestro Señor Jesucristo llevó la ira de Dios que era producto de nuestro pecado, a fin de que nosotros pudiéramos ser salvos (Ro 3:25-26).

Es más, al pensar en la ira de Dios debemos también tener presente su presencia. La paciencia y la ira se mencionan juntas en el Salmo 103: «El SEÑOR es ... *lento para la ira* y grande en amor. No sostiene para siempre su querella ni guarda rencor eternamente» (Sal 103:8-9). Por consiguiente, la demora en la ejecución de la ira de

Dios sobre el mal tiene el propósito de llevar a su pueblo al arrepentimiento (vea Ro 2:4).

Cuando pensamos en la ira de Dios que vendrá, debemos simultáneamente estar agradecidos por su paciencia al esperar para ejecutar esa ira a fin de que incluso más personas puedan salvarse: «El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9-10). La ira de Dios debería motivarnos a la evangelización y debería también hacernos estar agradecidos porque Dios finalmente castigará toda maldad y reinará sobre nuevos cielos y una nueva tierra en donde no habrá injusticia.

## D. Atributos de propósito

En esta categoría de atributos hablaremos primero de la voluntad de Dios en general, y luego de la omnipotencia (o poder infinito) de la voluntad de Dios.

**12. Voluntad.** *La voluntad de Dios es el atributo por el que Dios aprueba y determina toda acción necesaria para la existencia y actividad de sí mismo y de toda la creación.* Esta definición indica que la voluntad de Dios tiene que ver con decidir y aprobar las cosas que Dios es y hace. Tiene que ver con las decisiones que Dios toma en cuanto a qué hacer y qué no hacer.

a. *La voluntad de Dios en general.* La Biblia frecuentemente indica que la voluntad de Dios es la razón definitiva o suprema de todo lo que sucede. Pablo se refiere a Dios como «aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). La frase que aquí se traduce «todas las cosas» (*ta panta*) la usa Pablo con frecuencia para referirse a todo lo que existe o a toda la creación (vea, por ejemplo, Ef 1:10,23; 3:9; 4:10; Col. 1:16 [dos veces], 17; Ro 11:36; 1 Co 8:6 [dos veces]; 15:27-28 [dos veces]). La palabra que se traduce «hace» (*energeo*, «obra, realiza, hace, produce») es un participio presente y sugiere actividad continua. La frase se podría traducir más explícitamente como «que continuamente lo realiza todo en el universo de acuerdo al consejo de su voluntad».

Más específicamente, todas las cosas fueron creadas por la voluntad de Dios: «Tú creaste todas las cosas; *por tu voluntad existen y fueron creadas*» (Ap 4:11). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento afirman que el gobierno humano existe en conformidad con la voluntad de Dios (Dan 4:32; Ro 13:1). Incluso los hechos conectados con la muerte de Cristo fueron conforme a la voluntad de Dios. La iglesia de Jerusalén creía esto, porque en su oración dijeron: «En efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste *para hacer lo que de*

<sup>4</sup> Es apropiado en este respecto que nosotros «abhorrezcamos el pecado pero amemos al pecador», como dice el dicho popular.

*antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera»* (Hch 4:27-28). Esto implica que la voluntad Dios predestinó que ocurrieran no solo el hecho de la muerte de Jesús, sino todos los acontecimientos conectados con ella.

Santiago nos anima a entender que todos los acontecimientos de nuestra vida están sujetos a la voluntad de Dios. A los que dicen: «Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos», Santiago les dice: «No sabéis lo que será mañana. ... En lugar de lo cual deberíais decir: *Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello*» (Stg 4:13-15). A veces es la voluntad de Dios que los creyentes sufran, como se ve en 1 Pedro 3:17, por ejemplo: «*Si es la voluntad de Dios*, es preferible sufrir por hacer el bien que por hacer el mal». Sin embargo, atribuir todos los acontecimientos, incluso los malos, a la voluntad de Dios, a menudo produce malos entendidos y dificultades para los cristianos. Algunas de las dificultades conectadas con este tema se tratarán aquí y otras las veremos en el capítulo 9 sobre la providencia de Dios.

b. *Distinciones en aspectos de la voluntad de Dios. Voluntad secreta y voluntad revelada:* A veces se hacen distinciones entre diferentes aspectos de la voluntad de Dios. Tal como nosotros podemos escoger algo lo mismo anhelante que renuentemente, alegremente o lamentándolo, secretamente o en público, también Dios, en la infinita grandeza de su personalidad, puede escoger o querer diferentes cosas de diferentes maneras.

Una distinción útil que se aplica a los diferentes aspectos de la voluntad de Dios es la distinción entre la *voluntad secreta* de Dios y su *voluntad revelada*. Incluso en nuestra propia experiencia sabemos que somos capaces de querer algunas cosas en secreto y luego más adelante dar a conocer esta voluntad a otros. A veces les decimos a otros lo que queremos antes de que tenga lugar, y en otras ocasiones no revelamos nuestro secreto sino hasta que el asunto en cuestión ha sucedido.

Es cierto que una distinción entre varios aspectos de la voluntad de Dios es evidente en muchos pasajes bíblicos. Según Moisés: «*Lo secreto* le pertenece al SEÑOR nuestro Dios, pero *lo revelado* nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que obedezcamos todas las palabras de esta ley» (Dt 29:29). Las cosas que Dios ha revelado nos son dadas con el propósito de que obedezcamos la voluntad de Dios «para que obedezcamos todas las palabras de esta ley». Sin embargo, había muchos otros aspectos de su plan que no les había revelado: muchos detalles de hechos futuros, detalles específicos de la adversidad o bendición en sus vidas, y cosas por el estilo. Con respecto a estos asuntos, simplemente debían confiar en él.

Debido a que la voluntad revelada de Dios por lo general contiene sus mandamientos o «preceptos» para nuestra conducta moral, a la voluntad revelada de Dios a veces se le llama la *voluntad de precepto* o *voluntad de mando*. Esta voluntad revelada de Dios es la voluntad declarada de Dios respecto a *lo que debemos hacer* o lo que Dios *nos ordena* hacer.

Por otro lado, la voluntad secreta de Dios por lo general también incluye sus decretos ocultos por los que gobierna el universo y determina lo que sucede. Ordinariamente no nos revela estos decretos (excepto en profecías sobre el futuro), así que estos propósitos o planes son realmente la voluntad «secreta» de Dios. No hallamos lo que Dios se ha propuesto secretamente sino hasta que lo que quería que sucediera sucede. Debido a que esta voluntad secreta de Dios tiene que ver con su manera de decretar los acontecimientos del mundo, a este aspecto de la voluntad de Dios a veces se le llama la *voluntad de decretar* de Dios.

Hay varias instancias en las que la Biblia menciona la voluntad revelada de Dios. En el Padrenuestro la petición «*hágase tu voluntad* en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10) es una oración en que se pide que la gente obedezca la voluntad *revelada* de Dios, sus mandamientos, en la tierra tal como se hace en el cielo (es decir, total y completamente). Esta no pudiera ser

una oración de que se cumpla la voluntad secreta de Dios (o sea, sus decretos en cuanto a cosas que ha planeado), porque lo que Dios ha decretado es un secreto que con certeza sucederá. Pedirle a Dios que haga que se realice lo que él ha decretado que va a suceder sería simplemente orar: «Que lo que va a suceder suceda». Esa sería una oración en verdad hueca, porque no pediría nada. Es más, puesto que no sabemos la voluntad secreta de Dios respecto al futuro, la persona que eleva una oración porque se haga la voluntad secreta de Dios nunca sabría por qué está orando. Sería una oración sin contenido entendible y sin efecto. Más bien, la oración «hágase *tu voluntad*» se debe entender como una apelación a que se siga en la tierra la voluntad *revelada* de Dios.

Por otro lado, muchos pasajes hablan de la voluntad secreta de Dios. Cuando Santiago nos dice que digamos: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (Stg. 4:15), no puede estar hablando de la voluntad revelada de Dios ni de su voluntad de precepto, porque con respecto a muchas de nuestras acciones *sabemos* que es de acuerdo al mandamiento de Dios que hagamos una u otra actividad que hemos planeado. Más bien, confiar en la voluntad secreta de Dios supera el orgullo y expresa humilde dependencia en el control soberano de Dios sobre los sucesos de nuestra vida.

Otro ejemplo hallamos en Génesis 50:20. José le dice a sus hermanos: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero *Dios transformó ese mal en bien* para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente». Aquí la voluntad *revelada* de Dios a los hermanos de José era que debían amarle y no robarle, venderle como esclavo ni planear asesinarlo. Pero la voluntad *secreta* de Dios fue que en la desobediencia de los hermanos de José se hiciera un mayor bien cuando José, habiendo sido vendido como esclavo a Egipto, adquiriera autoridad sobre aquel país y pudiera salvar a su familia.

Revelar a algunos las buenas nuevas del evangelio y ocultarlas a otros es algo conforme a la voluntad de Dios. Jesús dice: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque *esa fue tu buena voluntad*» (Mt 11:25-26). Esto, de nuevo, debe referirse a la voluntad secreta de Dios, porque su voluntad revelada es que todos se salven. En verdad, solamente dos versículos más adelante Jesús ordena a todos: «Vengan a mí *todos* ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mt 11:28). Y Pablo y Pedro nos dicen que Dios quiere que todos los hombres sean salvos (vea 1 Ti 2:4 y 2 P 3:9). Por tanto, el hecho de que algunos no serán salvos y para algunos el evangelio seguirá oculto se debe entender como algo que está de acuerdo con la voluntad secreta de Dios, desconocida para nosotros y que es inapropiado que tratemos de fisgonearla.

Hay peligro en atribuir sucesos malos a la voluntad de Dios, aunque a veces vemos que la Biblia habla de ellos de esta manera. Un peligro es que podemos empezar a pensar que Dios encuentra placer en el mal, lo que no es cierto (vea Ez 33:11: «Tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR omnipotente—, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva»), aunque él puede usar el mal para sus buenos propósitos (como lo hizo en la vida de José y en la muerte de Cristo).<sup>5</sup> Otro peligro es que podemos empezar a culpar a Dios por el pecado, en vez de a nosotros mismos, o pensar que nos tenemos la culpa de nuestras maldades. La Biblia, sin embargo, no vacila en unir afirmaciones de la voluntad soberana de Dios con afirmaciones de la responsabilidad del hombre por el mal. Pedro pudo decir en la misma frase que Jesús fue «entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios» y también que «por medio de gente malvada, *ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz*» (Hch 2:23). La voluntad secreta de Dios de decretar y la maldad deliberada de la «gente malvada» se reiteran en la misma declaración.

<sup>5</sup> Vea el cap. 8 para más explicación.

Como quiera que entendamos la forma en que se ejecuta la voluntad secreta de Dios, nunca debemos concluir que implica que somos libres de culpa en cuanto al mal, ni que se puede culpar a Dios por el pecado. La Biblia nunca habla de esa manera, y tampoco debemos hacerlo nosotros, aun cuando esto continúe siendo un misterio para nosotros en esta edad.

También consideraremos la libertad de Dios como parte de la voluntad de Dios, pero se pudiera considerar como un atributo separado. *La libertad de Dios es ese atributo de Dios mediante el cual hace lo que quiere*. Esta definición implica que nada en la creación puede impedirle a Dios hacer su voluntad. Dios no está restringido por nada externo, y puede hacer todo lo que quiera hacer. Ninguna persona ni fuerza puede jamás dictarle a Dios lo que debe hacer. Él no está bajo ninguna autoridad ni restricción externa.

La libertad de Dios se menciona en el Salmo 115, en donde se hace un contraste entre su gran poder y la debilidad de los ídolos: «Nuestro Dios está en los cielos y *puede hacer lo que le parezca*» (Sal 115:3). Los gobernantes humanos no pueden ponerse contra Dios y oponerse efectivamente contra su voluntad, porque «en las manos del SEÑOR el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el SEÑOR le ha trazado» (Pr 21:1). De manera similar, Nabucodonosor aprende en su arrepentimiento que es verdad decir de Dios: «*Dios hace lo que quiere* con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra» (Dn 4:35). Nosotros imitamos la libertad de Dios cuando ejercemos nuestra voluntad y tomamos decisiones, una capacidad esencial de la naturaleza humana de la que a menudo se abusa debido al pecado.

Puesto que Dios es libre, no debemos tratar de buscar otra explicación definitiva a las acciones de Dios en la creación que el hecho de que él quiso hacer algo y que su voluntad tiene perfecta libertad (en tanto y en cuanto las acciones que hace concuerdan con su propio carácter moral). A veces algunos tratan de descubrir la razón por la que Dios ha hecho algo (tal como crear el mundo o salvarnos). Es mejor limitarnos a decir que en definitiva fue en su voluntad libre (obrando en armonía con su carácter) que Dios creó el mundo, salvó a los pecadores y con ello se glorificó.

**13. Omnipotencia (o poder, incluyendo soberanía).** *La omnipotencia de Dios quiere decir que Dios puede hacer toda su santa voluntad*. La palabra *omnipotencia* se deriva de dos palabras latinas: *omni* que quiere decir «todo», y *potens*, que quiere decir «poderoso», y significa «todopoderoso». No hay límites al poder de Dios para hacer lo que decide hacer.

Este poder se menciona con frecuencia en la Biblia. La pregunta retórica: «¿Acaso hay algo imposible para el SEÑOR?» (Gn 18:14; Jer 32:27) por cierto implica (en el contexto en que aparece) que nada es demasiado difícil para el Señor. Jeremías le dice a Dios: «Para ti *no hay nada* imposible» (Jer 32:17). En el Nuevo Testamento Jesús dice: «Para Dios *todo es posible*» (Mt 19:26); y Pablo dice que Dios «puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir» (Ef 3:20; cf. Lc 1:37; 2 Co 6:18; Ap 1:8). En verdad, el firme testimonio de las Escrituras es que el poder de Dios es infinito.

Hay, sin embargo, algunas cosas que Dios no puede hacer. Dios no puede querer ni hacer nada contrario a su carácter. Por eso la definición de omnipotencia se da en términos de la capacidad de Dios para hacer «su santa voluntad». No se trata de todo lo que Dios es capaz de hacer, sino de todo lo que es congruente con su carácter. Por ejemplo, Dios no puede mentir (Tit 1:2), no puede ser tentado por el mal (Stg 1:13) y no puede negarse a sí mismo (2 Ti 2:13). Aunque el poder de Dios es infinito, el uso de ese poder queda calificado por sus otros atributos (tal como todos los atributos de Dios califican todas sus acciones). Esto es, por consiguiente, otro caso en donde resultaría un malentendido si se aislara un atributo del resto del carácter de Dios y se martillara de una manera desproporcionada.

Al concluir nuestra consideración de los atributos de propósito de Dios, es apropiado comprender que él nos ha hecho de tal manera que mostramos en nuestra vida algún reflejo

tenue de cada uno de estos atributos. Dios nos ha hecho como criaturas con voluntad, y ejercemos nuestra capacidad de tomar decisiones reales respecto a lo que nos sucede en la vida. Por supuesto, no tenemos poder infinito u omnipotencia, pero Dios nos ha dado el poder de producir resultados, tanto poder físico como de otras clases de poder: poder mental, poder espiritual, poder de persuasión y poder en varias clases de estructuras de autoridad: familia, iglesia, gobierno civil, etc. En todos estos aspectos el uso de poder de maneras que agradan a Dios y armonizan con su voluntad es algo que le da gloria pues reflejan su carácter.

## E. «Resumen» de atributos

**14. Perfección.** *La perfección de Dios quiere decir que Dios posee por completo todas las cualidades de excelencia y no le falta ninguna parte de ninguna cualidad que sería deseable para él.* Es posible incluir estos atributos en la descripción de los otros atributos. Sin embargo, hay pasajes que nos dicen que Dios es «perfecto» o «completo». Por ejemplo, Jesús nos dice: «Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5:48; cf. Dt 32:4; Sal 18:30). Parece apropiado entonces indicar de manera explícita que Dios posee completamente todos los atributos excelentes y no le falta nada en su excelencia.

**15. Bendición.** Ser «bendito» es ser dichoso en un sentido muy pleno y rico. La Biblia a menudo habla de la bienaventuranza de los que andan en los caminos del Señor. En 1 Timoteo Pablo llama a Dios «único y bendito Soberano» (1 Ti 6:15) y habla del «glorioso evangelio que el Dios bendito me ha confiado» (1 Ti 1:11). En ambos casos la palabra no es *eulógetos* (que a menudo se traduce «bendito»), sino *makarios* («feliz»).

Así pues, la bendición que tiene Dios se puede definir como sigue: *La bendición de Dios quiere decir que Dios se deleita plenamente en sí mismo y en todo lo que refleja su carácter.* En esta definición la idea de la felicidad o dicha de Dios está conectada directamente con su propia persona como foco de todo lo que es digno de gozo o deleite. Esta definición indica que Dios es perfectamente feliz, que tiene plenitud de gozo en sí mismo.

La definición también refleja el hecho de que Dios se complace en todo lo de su creación que refleja su propia excelencia. Cuando terminó su obra creadora miró todo lo que había hecho y vio que era «muy bueno» (Gn 1:31). Esto indica el deleite de Dios en su creación y su aprobación de ella. Luego en Isaías leemos una promesa del regocijo futuro de Dios en su pueblo: «Como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Is 62:5; cf. Pr 8:30-31; Sof 3:17).

Nosotros somos benditos como Dios cuando hallamos deleite y dicha en todo lo que agrada a Dios, tanto en los aspectos de nuestra vida que agradan a Dios como en las obras de otros. Es más, cuando estamos agradecidos y nos deleitamos por la manera específica en que Dios nos ha creado como individuos, también somos benditos. Somos benditos como Dios al regocijarnos en la creación conforme ella refleja varios aspectos del excelente carácter divino. Hallamos nuestra mayor bienaventuranza, nuestra mayor felicidad, al deleitarnos en la fuente de todas las buenas cualidades, que es Dios mismo.

**16. Belleza.** *La belleza de Dios es ese atributo de Dios por el cual él es la suma de todas las cualidades deseables.* Este atributo de Dios se relaciona especialmente con la perfección de Dios. «Perfección» quiere decir que a Dios no le falta nada deseable; «belleza» quiere decir que Dios tiene todo lo deseable. Estas son dos maneras diferentes de afirmar la misma verdad.

No obstante, tiene valor el afirmar que Dios posee todo lo que es deseable. Nos recuerda que todos nuestros deseos buenos y justos, todos los deseos que realmente deben estar en nosotros o en cualquier otra criatura, hallan su suprema realización en Dios y en nadie más.

En el Salmo 27:4 David habla de la belleza del Señor:

Una sola cosa le pido al SEÑOR, y  
es lo único que persigo: habitar en  
la casa del SEÑOR todos los días de  
mi vida,  
para contemplar *la hermosura del SEÑOR* y  
recrearme en su templo.

Una idea similar se expresa en otro salmo: «¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra» (Sal 73:25). En ambos casos el salmista reconoce que su deseo de Dios, quien es la suma de todo lo deseable, supera con mucho todos los demás deseos.

## II. PREGUNTAS DE REPASO

---

1. Diga e indique la diferencia entre dos atributos que describen el ser de Dios.
2. ¿Qué quiere decir que Dios sabe todas las cosas «reales y posibles»?
3. Explique la diferencia entre los atributos de Dios de misericordia, gracia y paciencia.
4. ¿Por qué es apropiado que Dios sea celoso de su propio honor?
5. ¿Es la ira de Dios congruente con su amor? Explique
6. ¿Cuál es la diferencia entre la voluntad secreta de Dios y su voluntad revelada?
7. ¿Hay alguna limitación al poder de Dios? Explique usando la definición de su atributo de omnipotencia.

## III. PREGUNTAS PARA LA APLICACIÓN PERSONAL

---

1. (Espiritualidad) ¿Por qué Dios se disgusta tan profundamente por los ídolos e imágenes, incluso los que pretenden representarlo? ¿Cómo podemos entonces imaginarnos a Dios o pensar en Dios cuando le oramos?
2. (Conocimiento) Con respecto a las circunstancias de su vida, ¿cometerá Dios alguna vez alguna equivocación, no planeará de antemano o no tomará en cuenta todas las eventualidades? ¿Cómo es la respuesta a esta pregunta una bendición en su vida?
3. (Sabiduría) ¿De veras cree usted que Dios está obrando sabiamente en su vida hoy? ¿Y en el mundo? Si halla difícil creer esto a veces, ¿qué pudiera hacer usted para cambiar su actitud?

4. (Veracidad) ¿Por qué la gente de nuestra sociedad, incluso a veces los cristianos, son tan descuidados respecto a la veracidad al hablar? ¿Necesita usted pedir la ayuda de Dios para reflejar más completamente su veracidad al hablar en alguno de los siguientes aspectos: prometer orar por alguien, decir que estará en cierto lugar a cierta hora, exagerar los sucesos a fin de hacer más emocionante el cuento, preocuparse por recordar y luego hacer fielmente lo que dijo que haría en sus compromisos de trabajo, informar lo que otros han dicho o lo que usted piensa que alguna otra persona está pensando, representar equitativamente el punto de vista de su oponente en alguna discusión?
5. (Amor) ¿Es posible decidir amar a alguien y luego llevar a la práctica esa decisión, o acaso el amor entre seres humanos simplemente depende de los sentimientos espontáneos? ¿De qué maneras podría usted imitar el amor de Dios hoy?
6. (Misericordia) Para reflejar más completamente la misericordia de Dios, ¿a quién entre sus conocidos mostraría especial atención durante la próxima semana?
7. (Santidad) ¿Hay actividades o relaciones personales en su patrón presente de vida que están estorbando su crecimiento en santidad debido a que le hacen difícil separarse del pecado y dedicarse a buscar honrar a Dios?
8. (Rectitud) ¿Se halla usted alguna vez deseando que algunas de las leyes de Dios fueran diferentes de lo que son? Si es así, ¿refleja tal deseo un disgusto por algún aspecto del carácter moral de Dios? ¿Qué pasajes bíblicos podría usted leer para convencerse más plenamente de que el carácter de Dios y sus leyes son las justas en estos aspectos?
9. (Celos) ¿Refleja usted intuitivamente el celo de Dios por su propio honor cuando oye que lo deshonran en la conversación, en la televisión o en algún otro contexto? ¿Qué podemos hacer para ahondar nuestro celo por el honor de Dios?
10. (Ira) ¿Debería encantarnos el hecho de que Dios es un Dios de ira que aborrece el pecado? ¿De qué maneras está bien que imitemos esta ira, y de qué maneras no está bien que lo hagamos?
11. (Voluntad) Conforme los hijos crecen, ¿cuáles son algunas maneras apropiadas e impropias en que ellos muestran en sus vidas un cada vez mayor ejercicio de su voluntad y libertad del control de los padres? ¿Se debe esperar esto como evidencia de que somos creados a imagen de Dios?
12. (Poder) Si el poder de Dios es su capacidad de hacer todo lo que quiere hacer, ¿es poder para nosotros la capacidad de obedecer la voluntad de Dios y producir los resultados en el mundo que le agradan a él? Mencione varias maneras en las que podemos aumentar tal poder en nuestra vida.
13. (Perfección) ¿Cómo nos recuerda el atributo divino de perfección de que nunca podremos quedar satisfechos con el reflejo de sólo una parte del carácter de Dios en nuestra vida? ¿Puede describir algunos aspectos de lo que quiere decir «ser perfecto» como nuestro Padre celestial es perfecto, con respecto a su propia vida?

14. (Bendición) ¿Está usted feliz por la manera en que Dios lo creó, con los rasgos físicos, emocionales, mentales y relacionales que le dio? ¿De qué manera está bien ser feliz con nuestras propias personalidades, características físicas, capacidades, posición, etc.? ¿De qué maneras no está bien sentirse complacido o feliz por estas cosas? ¿Seremos en algún momento completamente «benditos» o felices? ¿Cuándo será eso y por qué?
15. (Belleza) Si rehusamos aceptar la definición de belleza que da nuestra sociedad, o incluso las definiciones que nosotros mismos hemos forjado previamente, y decidimos que lo que es verdaderamente hermoso es el carácter del mismo Dios, ¿cómo será nuestra noción de belleza diferente de la que sosteníamos previamente? ¿Podremos aplicar apropiadamente nuestra nueva idea de belleza a algunas de las cosas que anteriormente considerábamos hermosas? ¿Por qué sí o por qué no?

#### IV. TÉRMINOS ESPECIALES

|                              |                   |
|------------------------------|-------------------|
| amor                         | ira               |
| atributos comunicables       | justicia          |
| atributos de propósito       | libertad          |
| atributos en cuanto a su ser | misericordia      |
| «atributos en resumen»       | omnipotencia      |
| atributos mentales           | perfección        |
| atributos morales            | poder             |
| belleza                      | rectitud          |
| bendición                    | sabiduría         |
| bondad                       | santidad          |
| celos                        | soberanía         |
| conocimiento                 | teofanía          |
| espiritualidad               | veracidad         |
| fidelidad                    | voluntad          |
| gracia                       | voluntad revelada |
| invisibilidad                | voluntad secreta  |

#### V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

##### Éxodo 34:5-7

*El Señor descendió en la nube y se puso junto a Moisés. Luego le dio a conocer su nombre: pasando delante de él, proclamó: El SEÑOR, el SEÑOR, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y*

***el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación.***

# La Trinidad

---

+ *¿Cómo puede Dios ser tres personas y a la vez un solo Dios?*

---

Los capítulos precedentes han tratado de muchos atributos de Dios. Pero si comprendemos sólo esos atributos no entenderíamos correctamente a Dios de ninguna manera, porque no entenderíamos que Dios, en su mismo ser, siempre ha existido como más de una persona. En efecto, Dios existe como tres personas, y sin embargo es un solo Dios.

La doctrina de la Trinidad es una de las más importantes de la fe cristiana. Estudiar las enseñanzas bíblicas sobre la Trinidad nos da una honda noción del asunto que es central en toda nuestra búsqueda de Dios: ¿Cómo es Dios en sí mismo? Aquí aprendemos que en sí mismo, en su propio ser, Dios existe en las personas de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y sin embargo es un solo Dios.

### I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

---

Podemos definir la doctrina de la Trinidad como sigue: *Dios existe eternamente en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y cada persona es plenamente Dios y hay sólo un Dios.*

#### A. La doctrina de la Trinidad se revela progresivamente en la Biblia

**1. Revelación parcial en el Antiguo Testamento.** La palabra *trinidad* no se halla en la Biblia, aunque la idea que representa la palabra se enseña en muchos lugares. La palabra *trinidad* quiere decir «trinidad», o «tres en uno». Se usa para resumir la enseñanza bíblica de que Dios es tres personas y sin embargo un solo Dios.

A veces algunos piensan que la doctrina de la Trinidad se halla solamente en el Nuevo Testamento, y no en el Antiguo. Pero si Dios ha existido eternamente como tres personas, sería sorprendente si no hubiera ninguna indicación de eso en el Antiguo Testamento. Aunque la doctrina de la Trinidad no se halla explícitamente en el Antiguo Testamento, varios pasajes sugieren e incluso implican que Dios existe como más de una persona.

Por ejemplo, según Génesis 1:26, Dios dijo: «*Hagamos* al ser humano a *nuestra* imagen y semejanza». ¿Qué quiere decir el verbo en plural «hagamos» y el pronombre en plural «nuestra»? Algunos han sugerido que son plurales de majestad, una forma de hablar que el rey

usa para decir, por ejemplo: «Nos complace conceder su petición». Sin embargo, en el hebreo del Antiguo Testamento no hay otros ejemplos de casos en que un monarca use verbos plurales o pronombres plurales para referirse a sí mismo como «plural de majestad», de modo que esta sugerencia no tiene evidencia que la respalde.

104

Otra sugerencia es que Dios está hablando con los ángeles. Pero los ángeles no participan en la creación del hombre, ni tampoco el hombre fue creado a imagen y semejanza de los ángeles, así que esta sugerencia no es convincente. La mejor explicación, y que sostienen casi unánimemente los padres de la Iglesia y los primeros teólogos, es que ya en el primer capítulo de Génesis tenemos una indicación de la pluralidad de personas en Dios mismo. No se nos dice cuántas personas, y no tenemos nada que se acerque a la doctrina completa de la Trinidad, pero se implica que hay más de una persona que interviene. Lo mismo se puede decir de Génesis 3:22 («El ser humano ha llegado a ser como uno de nosotros, pues tiene conocimiento del bien y del mal»), Génesis 11:7 («Será mejor que *bajemos* a confundir su idioma»), e Isaías 6:8 («¿A quién enviaré? ¿Quién irá por *nosotros*?»). (Nótese la combinación del singular y el plural en la misma oración en este último pasaje.)

Es más, hay pasajes en que a una misma persona se le llama «Dios» o «el Señor», y se le distingue de otra persona a la que también se le llama Dios. En el Salmo 45:67 el salmista dice: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; ... Tú amas la justicia y odias la maldad; por eso Dios te escogió a ti y no a tus compañeros, ¡tu Dios te ungió con perfume de alegría!» Aquí el salmo va más allá de lo que pudiera ser cierto de algún rey terrenal y llama «Dios» al rey (v. 6), cuyo trono permanece «para siempre». Pero luego, todavía hablando a la persona a la que llamó «Dios», el autor dice que «Dios te escogió a ti y no a tus compañeros, ¡tu Dios...!» (v. 7). Así que a dos personas separadas se les llama «Dios» (heb. *Elojim*). En el Nuevo Testamento el autor de Hebreos cita este pasaje y lo aplica a Cristo: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo» (He 1:8).

Similarmente, en el Salmo 101:1 David dice: «Así dijo el SEÑOR a mi Señor: “Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”». Jesús correctamente entiende que David se refiere a dos personas separadas como «Señor» (Mt 22:41-46), pero, ¿quién es el «Señor» de David si no es Dios mismo? ¿Y quién podría estarle diciendo a Dios: «Siéntate a mi diestra», excepto alguien que también sea plenamente Dios? Desde la perspectiva del Nuevo Testamento podemos parafrasear este versículo como «Dios Padre le dijo a Dios Hijo: “Siéntate a mi diestra”». Pero incluso sin la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Trinidad, parece claro que David estaba consciente de una pluralidad de personas en un Dios.

Isaías 63:10 dice del pueblo de Dios que «se rebelaron y afligieron a su santo Espíritu», al parecer sugiriendo que el Espíritu Santo es distinguible de Dios mismo (es «su santo Espíritu»), y que se le puede «afligir», lo que sugiere capacidades emocionales características de una persona particular.

Todavía más, varios pasajes del Antiguo Testamento sobre «el ángel del SEÑOR» sugieren una pluralidad de personas en Dios. La palabra que se traduce «ángel» (heb. *malak*) significa simplemente «mensajero». Si este ángel del Señor es un «mensajero» del Señor, no es el mismo Señor. Sin embargo, en otros puntos al ángel del Señor se le llama «Dios» o «el SEÑOR» (vea Gn 16:13; Éx 3:2-6; 23:20-22; Nm 22:35 con 38; Jue 2:1-2; 6:11 con 14). En otros puntos del Antiguo Testamento «el ángel del SEÑOR» sencillamente se refiere a un ángel creado, pero por lo menos en estos pasajes el ángel especial (o «mensajero») del Señor parece ser otra persona que es plenamente divina.

**2. Revelación más completa de la Trinidad en el Nuevo Testamento.** Cuando se abre el Nuevo Testamento, entramos en la historia del advenimiento del Hijo de Dios a la tierra. Sería de esperarse que este grandioso acontecimiento viniera acompañado de enseñanzas más explícitas sobre la naturaleza trinitaria de Dios, y eso es de hecho lo que hallamos. Antes de mirar esto en detalle, podemos sencillamente mencionar una lista de varios pasajes en los que se mencionan juntas a las tres personas de la Trinidad.

Cuando bautizaban a Jesús, «en ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él”» (Mt 3:16-17). Aquí en un momento tenemos a los tres miembros de la Trinidad realizando tres actividades distintas. Dios Padre habla desde el cielo; Dios Hijo está siendo bautizado, y luego Dios Padre le habla desde el cielo y Dios Espíritu Santo desciende del cielo para posarse sobre Jesús y facultarlo para su ministerio.

Al final de suministerio terrenal, Jesús pide a sus discípulos que «vayan a hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28:19). Los mismos sustantivos «Padre» e «Hijo», tomados de la terminología de la familia, la más conocida de las instituciones humanas, indican muy fuertemente la personalidad distinta del Padre y del Hijo. Cuando se pone al «Espíritu Santo» en la misma expresión y al mismo nivel que las otras dos personas, es difícil evitar la conclusión de que se ve también al Espíritu Santo como una persona de igual posición que el Padre y el Hijo.

Cuando nos damos cuenta de que los autores del Nuevo Testamento suelen usar el nombre «Dios» (gr. *teos*) para referirse a Dios Padre y el nombre «Señor» (gr. *kurios*) para referirse a Dios Hijo, es claro que hay otra expresión trinitaria en 1 Corintios 12.4-6: «Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo *Espíritu*. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo *Señor*. Hay diversas funciones, pero es un mismo *Dios* el que hace todas las cosas en todos».

En forma similar, el último versículo de 2 Corintios es trinitario en su expresión: «Que la gracia del *Señor Jesucristo*, el amor de *Dios* y la comunión del *Espíritu Santo* sean con todos ustedes» (2 Co 13:14). También vemos a las tres personas mencionadas separadamente en Efesios 4:4-6: «Hay un solo cuerpo y un solo *Espíritu*, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo *Señor*, una sola fe, un solo bautismo; un solo *Dios y Padre* de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos».

En la frase de apertura de 1 Pedro se mencionan juntas a las tres personas de la Trinidad: «según la provisión de *Dios el Padre*, mediante la obra santificadora del *Espíritu*, para obedecer a *Jesucristo* y ser redimidos por su sangre» (1 P 1:2). En Judas 20-21 leemos: «Ustedes, en cambio, queridos hermanos, manténganse en el amor de Dios, edificándose sobre la base de su santísima fe y orando en el Espíritu Santo, mientras esperan que nuestro Señor Jesucristo, en su misericordia, les conceda vida eterna».

## **B. Tres afirmaciones que resumen la enseñanza bíblica**

En cierto sentido la doctrina de la Trinidad es un misterio que jamás podremos comprender plenamente. Sin embargo, sí podemos entender algo de su verdad resumiendo la enseñanza bíblica en tres afirmaciones:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios
3. Hay sólo un Dios

La siguiente sección desarrollará con más detalles cada una de estas afirmaciones.

**1. Dios es tres personas.** El hecho de que Dios es tres personas quiere decir que el Padre no es el Hijo; son personas distintas. También quiere decir que el Padre no es el Espíritu Santo, sino que son dos personas distintas. También quiere decir que el Hijo no es el Espíritu Santo. Estas distinciones se ven en los varios pasajes citados en la sección previa, como también en muchos pasajes adicionales del Nuevo Testamento.

Juan 1:1-2 nos dice: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio». El hecho de que el «Verbo» (que en los vv. 9-18 se ve que es Cristo) está «con» Dios muestra que es distinto de Dios Padre. En Juan 17:24, Jesús le habla a Dios Padre de «mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo», lo que habla de distintas personas que comparten gloria, y de una relación de amor entre Padre e Hijo antes que el mundo fuera creado.

Se nos dice que Jesús continúa como nuestro Sumo Sacerdote y Abogado ante Dios el Padre: «Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2:1). Cristo es el único que «puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos». Sin embargo, para poder interceder por nosotros ante Dios Padre es necesario que Cristo sea una persona distinta del Padre.

También, el Padre no es el Espíritu Santo, y el Hijo no es el Espíritu Santo. Se les distingue en varios versículos. Jesús dice: «Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho» (Jn 14:26). El Espíritu Santo también ora o «intercede» por nosotros (Ro 8:27), lo que indica una distinción entre el Espíritu Santo y Dios Padre a quien se hace la intercesión.

Finalmente, el hecho de que el Hijo no es el Espíritu Santo queda indicado también en los varios pasajes trinitarios antes mencionados, tales como la Gran Comisión (Mt 28:19) y en los pasajes que indican que Cristo volvió al cielo y luego envió al Espíritu Santo a la Iglesia. Jesús dijo: «Pero les digo la verdad: Les conviene que me vaya porque, si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré a ustedes» (Jn 16:7).

Algunos han cuestionado si el Espíritu Santo en verdad es otra persona, en lugar del «poder» o la «fuerza» de Dios en acción en el mundo. Pero la evidencia del Nuevo Testamento es muy clara y fuerte.<sup>6</sup> Primero tenemos los varios versículos mencionados anteriormente en donde se pone al Espíritu Santo en una relación coordinada con el Padre y el Hijo (Mt 28:19; 1 Co 12:4-6; 2 Co 13:14; Ef 4:4-6; 1 P 1:2). Puesto que el Padre y el Hijo son personas, la expresión coordinada sugiere fuertemente que el Espíritu Santo también es persona. Luego también hay lugares donde se aplica el pronombre masculino *él* (gr. *ekeinos*) al Espíritu Santo (Jn 14:26; 15:26; 16:13-14), que uno no esperaría según las reglas de la gramática griega, porque la palabra *espíritu* (gr. *pneuma*) es neutra, y no masculina, y de ordinario se haría referencia a ella usando el pronombre neutro *ekeinos*. Por otro lado, el nombre *Consolador* (gr. *Parakletos*) es un término que comúnmente se usaba para hablar de una persona que ayuda o da consuelo o consejo a otra persona o personas, pero se aplicó al Espíritu Santo en el Evangelio de Juan (14:16,26; 15:26; 16:7).

También se adscriben al Espíritu Santo otras actividades personales, tales como enseñar (Jn 14:26), dar testimonio (Jn 15:26; Ro 8:16), interceder u orar a favor de otros (Ro 8:26-27), examinar las profundidades de Dios (1 Co 2:10), saber los pensamientos de Dios (1 Co 2:11), disponer la distribución de algunos dones a unos y otros dones a otros (1 Co 12:11), prohibir

<sup>6</sup> La siguiente sección sobre la personalidad distinta del Espíritu Santo sigue muy de cerca el excelente material de Louis Berkhof, *Introduction to Systematic Theology*, Eerdmans, Grand Rapids, 1932; reimpresión, Baker, Grand Rapids, 1979, p. 96.

o no permitir ciertas actividades (Hch 16:6-7), hablar (Hch 8:29; 13:2; y muchas veces tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos), evaluar y aprobar un curso sabio de acción (Hch 15:28), y ser afligido por el pecado en la vida de los cristianos (Ef 4:30).

Finalmente, si se entiende al Espíritu Santo simplemente como el poder de Dios, antes que como una persona distinta, un buen número de pasajes no tendrían sentido porque en ellos se mencionan tanto al Espíritu Santo y su poder y el poder de Dios. Por ejemplo, Lucas 4:14: «Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu» tendría que querer decir: «Jesús regresó en el poder de Dios a Galilea». En Hechos 10:38, «Jesús de Nazaret: cómo lo ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder», querría decir: «Dios ungió a Jesús con el poder de Dios y con poder» (vea también Ro 15:13; 1 Co 2:4). Podemos concluir que el Espíritu Santo es otra persona.

**2. Cada persona es plenamente Dios.** Además del hecho de que las tres personas son distintas, el abundante testimonio bíblico es que cada persona es plenamente Dios por igual.

Primero, *Dios Padre claramente es Dios*. Esto es evidente desde el mismo primer versículo de la Biblia, donde Dios creó los cielos y la tierra. Es evidente en todo el Antiguo y Nuevo Testamentos, en donde se ve claramente a Dios Padre como Señor soberano sobre todos y donde Jesús ora a su Padre en los cielos.

Luego, *el Hijo es plenamente Dios*. Aunque este punto se desarrollará con gran detalle en el capítulo 15, bajo el título de «La persona de Cristo», podemos observar brevemente en este punto varios pasajes explícitos. Juan 1:1-4 claramente afirma la plena deidad de Cristo: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad».

Aquí se dice que Cristo era «el Verbo», y Juan dice que él estaba «con Dios» y que «era Dios». El texto griego se hace eco de las palabras iniciales de Génesis 1:1 («En el principio...») y nos recuerda que Juan está hablando de algo que fue cierto antes de que el mundo fuese hecho. Dios el Hijo siempre fue plenamente Dios.

Los Testigos de Jehová han cuestionado la traducción «el Verbo era Dios», traduciéndola como «la Palabra era un dios», implicando que el Verbo era simplemente un ser celestial pero no plenamente divino. Justifican su traducción apuntando al hecho de que el artículo definido (gr. *ho*, «el») no aparece antes de la palabra griega *teos* («Dios»). Dicen que *teos* debe traducirse «un dios». Sin embargo, ningún erudito griego reconocido ha seguido jamás tal interpretación en ninguna parte, porque es comúnmente conocido que la oración sigue una regla regular de la gramática griega, y la ausencia del artículo definido meramente indica que «Dios» es el predicado en lugar del sujeto de la oración.

La debilidad de la posición de los Testigos de Jehová se puede ver además en su traducción del resto del capítulo. Por varias otras razones gramaticales, la palabra *teos* también carece de artículo definido en otros lugares de este capítulo, como en el versículo 6: («Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió»), versículo 12 («les dio el derecho de ser hijos de Dios»), y el versículo 18 («A Dios nadie lo ha visto nunca»). Si los Testigos de Jehová fueran coherentes en su argumento en cuanto a la ausencia del artículo definido, también habrían traducido todos estos otros casos con la frase «un dios», pero los tradujeron «Dios».

Juan 20:28 en su contexto también es una fuerte prueba de la deidad de Cristo. Tomás había dudado de los informes de los demás discípulos de que habían visto a Jesús resucitado de los muertos, y había dicho que no creería a menos que pudiera ver las huellas de los clavos en las manos de Jesús y meter la mano en su costado herido (Jn 20:25). Entonces Jesús se les apareció a los discípulos cuando Tomás estaba con ellos. Jesús le dijo a Tomás: «Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de

fe» (Jn 20:27). Leemos que en respuesta a esto Tomás exclamó: «¿Señor mío y Dios mío!» Aquí Tomás llama a Jesús «Dios mío». Los siguientes versículos (vv. 29-31) muestran que tanto Juan al escribir su Evangelio como Jesús mismo aprueban lo que Tomás ha dicho y animan a todo el que oye acerca de Tomás a creer lo mismo que Tomás creyó.

Otros pasajes que hablan de Jesús como plenamente divino incluyen Hebreos 1, don de el autor dice que Cristo es «la fiel imagen» (v. 3, gr. *jaraktér*, «duplicado exacto») de la naturaleza o ser (gr. *jupostasis*) de Dios, queriendo decir que Dios Hijo duplica exactamente en todo el ser o la naturaleza de Dios Padre: los atributos y el poder que Dios Padre tiene, Dios Hijo los tiene por igual. El autor pasa a referirse a Dios Hijo como «Dios» en el versículo 8 («Pero con respecto al Hijo dice: “Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos”»), y atribuye la creación de los cielos a Cristo cuando dice de él: «En el principio, oh Señor, tú afirmaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos» (He 1:10 citando Sal 102:25).

En el capítulo 15 se considerarán muchos otros pasajes, pero estos deberían ser suficientes para demostrar que el Nuevo Testamento con toda claridad se refiere a Cristo como plenamente Dios. Como Pablo dice en Colosenses 2:9: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo».

Luego, *el Espíritu Santo también es plenamente Dios*. Una vez que entendemos que Dios Padre y Dios Hijo son plenamente Dios, las expresiones trinitarias en versículos tales como Mateo 28:19 («bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo») cobran significación en cuanto a la doctrina del Espíritu Santo, porque muestran que se clasifica al Espíritu Santo en igual nivel que el Padre y el Hijo. Esto se puede ver si reconocemos lo inconcebible que habría sido para Jesús decir algo así como «bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del arcángel Miguel»; esto le hubiera dado a un ser creado un estatus enteramente inapropiado incluso para un arcángel. Los creyentes en todas las edades solamente pueden ser bautizados en el nombre (y por ello tomando el carácter) de Dios mismo. (Observe también los otros pasajes trinitarios mencionados anteriormente: 1 Co 12:4-6; 2 Co 13:14; Ef 4:4-6; 1 P 1:2; Jud 20-21.)

En Hechos 5:3-4, Pedro le pregunta a Ananías: «¿Cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que le mintieras al Espíritu Santo ...? ¿No has mentido a los hombres sino a Dios!» Según las palabras de Pedro, mentirle al Espíritu Santo es mentirle a Dios. Pablo dice en 1 Corintios 3:16: «¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» El templo de Dios es el lugar donde Dios mismo habita, lo que Pablo explica por el hecho de que «el Espíritu de Dios» habita allí, evidentemente igualando así al Espíritu de Dios con el mismo Dios.

David pregunta en el Salmo 139:7-8: «¿Adónde podría alejarme de tu Espíritu? ¿Adónde podría huir de tu presencia? Si subiera al cielo, allí estás tú». Este pasaje atribuye al Espíritu Santo la característica divina de omnipresencia, algo que no es cierto de ninguna de las criaturas de Dios. Parece que David está igualando al Espíritu de Dios con la presencia de Dios. Huir del Espíritu de Dios es huir de su presencia, pero si no hay ningún lugar adonde David puede huir del Espíritu de Dios, sabe que dondequiera que vaya tendrá que decir: «Tú estás aquí».

En 1 Corintios 2:10-11 Pablo atribuye la característica divina de omnisciencia al Espíritu Santo: «Pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él? Así mismo, nadie conoce los pensamientos de Dios [gr. lit. “las cosas de Dios”] sino el Espíritu de Dios».

Es más, la actividad de dar el nuevo nacimiento al que nace de nuevo es obra del Espíritu Santo. Jesús dijo: «Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar

en el reino de Dios. ... Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu. No te sorprendas de que te haya dicho: “Tienen que nacer de nuevo”» (Jn 3:5-7). Pero la obra de dar nueva vida espiritual a las personas cuando llegan a ser creyentes es algo que sólo Dios puede hacer (cf. 1 Jn 3:9, «que haya nacido de Dios»). Este pasaje, por consiguiente, da otra indicación de que el Espíritu Santo es plenamente Dios.

Hasta este punto tenemos dos conclusiones, ambas enseñadas abundantemente por toda la Biblia:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios

Si la Biblia enseñara solamente estas dos realidades, no habría problema lógico al interpretar esto, porque la solución obvia sería que hay tres dioses. El Padre es plenamente Dios, el Hijo es plenamente Dios y el Espíritu Santo es plenamente Dios. Tendríamos un sistema en el que hay tres seres igualmente divinos. Tal sistema de creencia se llamaría politeísmo, o más específicamente, «triteísmo», o la creencia en tres dioses. Pero eso dista mucho de lo que enseña la Biblia.

3. ***Hay sólo un Dios.*** La Biblia es abundantemente clara en que hay un solo y único Dios. Las tres personas diferentes de la Trinidad no sólo son una en propósito y en acuerdo en lo que piensan, sino que también son una en esencia, una en su naturaleza esencial. En otras palabras, Dios es *un solo ser*. No hay tres Dioses. Hay sólo un Dios.

Uno de los pasajes más conocidos del Antiguo Testamento es Deuteronomio 6:4-5: «Escucha, Israel: El SEÑOR nuestro Dios *es el único SEÑOR*. Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

Cuando Dios habla, muchas veces dice claramente que él es el único Dios verdadero; la idea de que hay tres Dioses a los que hay que adorar antes que a uno sería impensable a la luz de estas afirmaciones extremadamente fuertes. *Sólo* Dios es el único Dios verdadero y no hay nadie como él. Cuando él habla, es el único que habla; no está hablando como un Dios entre tres que hay que adorar. Él dice:

«Yo soy el SEÑOR, y no hay otro; fuera  
de mí no hay ningún Dios.  
Aunque tú no me conoces, te fortaleceré,  
para que sepan de oriente a occidente que no hay  
ningún otro fuera de mí.  
Yo soy el SEÑOR, y no hay ningún otro». (Is 45:5-6)

El Nuevo Testamento también afirma que hay un Dios. Pablo escribe: «Hay *un solo Dios* y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2:5). Pablo afirma que «Dios es uno» (Ro 3:30). Finalmente, Santiago reconoce que incluso los demonios reconocen que sólo hay un Dios, aunque su asentimiento intelectual al hecho no es suficiente para salvarlos: «¿Tú crees que hay un solo Dios? ¡Magnífico! También los demonios lo creen, y tiemblan» (Stg 2:19). Pero claramente Santiago afirma que uno «hace bien» al creer que «hay un solo Dios».

4. ***Todas las analogías tienen puntos débiles.*** Si no podemos adoptar ninguna de estas soluciones, ¿cómo podemos juntar las tres verdades de la Biblia y mantener la doctrina de la Trinidad? A veces algunos han usado varias analogías derivadas de la naturaleza o de la

-  
experiencia humana para intentar explicar esta doctrina. Aunque estas analogías pueden ser útiles en un nivel elemental de entendimiento, todas resultan inadecuadas y equivocadas en mayor reflexión. Decir, por ejemplo, que Dios es como un trébol, que tiene tres hojas pero que sin embargo es un solo trébol, no resulta porque cada hoja es solo una parte del trébol, y no se puede decir que cada hoja sea el trébol entero. Pero en la Trinidad cada persona no es simplemente una parte separada de Dios, sino que cada persona es plenamente Dios.

La analogía de las tres formas del agua (vapor, agua y hielo) también es inadecuada porque (a) el agua nunca está en las tres formas al mismo tiempo; (b) tienen diferentes propiedades o características, (c) la analogía no tiene nada que corresponda al hecho de que hay sólo un Dios (no hay «un agua» ni «toda el agua del universo»), y (d) falta el elemento de personalidad inteligente.

Se han derivado otras analogías de la experiencia humana. Se puede decir que la Trinidad es algo así como el hombre que es a la vez agricultor, alcalde de la ciudad y anciano de su iglesia. Funciona en papeles diferentes en diferentes momentos, pero es sólo un hombre. Sin embargo, esta analogía es muy deficiente porque hay sólo una persona haciendo todas esas actividades en tiempos diferentes, y la analogía no ilustra la interacción personal que hay entre los miembros de la Trinidad. (De hecho, esta analogía simplemente enseña la herejía llamada modalismo, que se considerará más abajo.)

Así que, ¿qué analogía usaremos para enseñar la Trinidad? Aunque la Biblia usa muchas analogías de la naturaleza y la vida para enseñarnos varios aspectos del carácter de Dios (Dios es como roca en su fidelidad, como pastor en su cuidado), es interesante que en ninguna parte usa analogías para enseñar la doctrina de la Trinidad. Lo más cercano que tenemos a una analogía se halla en los títulos «Padre» e «Hijo» en sí mismos, títulos que claramente hablan de personas distintas y de la estrecha relación que existe entre ellos en una familia humana. Pero a nivel humano, por supuesto, tenemos dos seres humanos enteramente separados, no un ser compuesto de tres personas distintas. Es mejor concluir que ninguna analogía ilustra adecuadamente el concepto de la Trinidad, y todas se equivocan en maneras significativas.

**5. Las soluciones simplistas se ven obligadas a negar hebras de la enseñanza bíblica.** Ahora tenemos tres afirmaciones, las cuales nos enseña la Biblia:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios
3. Hay sólo un Dios

En la historia de la Iglesia ha habido intentos de concebir una solución sencilla para la doctrina de la Trinidad negando una u otra de estas afirmaciones. Si alguien *niega la primera afirmación*, se nos deja con el hecho de que cada una de las personas mencionadas en la Biblia (Padre, Hijo y Espíritu Santo) es Dios, y hay sólo un Dios. Pero si no tenemos que decir que son personas distintas, hay una solución fácil: Simplemente son nombres diferentes de una misma persona que actúa diferente en tiempos diferentes. A veces esta persona se llama a sí mismo Padre, a veces se llama Hijo y a veces se llama a sí mismo Espíritu. Pero tal solución negaría el hecho de que las tres personas son individuos distintos, que Dios Padre envía a Dios Hijo al mundo, y que el Hijo ora al Padre, y que el Espíritu Santo intercede ante el Padre por nosotros.

Otra solución simple se hallaría al *negar la segunda afirmación*, o sea, negar que algunas de las personas mencionadas en la Biblia son plenamente Dios. Si sostenemos que Dios es tres personas y que hay un solo Dios, podemos vernos tentados a decir que algunas de las «personas» no son plenamente Dios, sino que solamente son subordinadas o partes creadas de Dios. Esta solución la tomarían, por ejemplo, los que niegan la plena deidad del Hijo (y del Espíritu Santo). Pero, como vimos antes, esta solución tendría que negar una categoría entera de la enseñanza bíblica.

Finalmente, como ya se observó antes, una solución sencilla sería *negar que sólo haya un Dios*. Pero esto resultaría en una creencia en tres Dioses, algo que es claramente contrario a la Biblia.

Aunque el tercer error no ha sido común, cada uno de los dos primeros ha aparecido en algún momento u otro en la historia de la Iglesia, y cada uno persiste hasta hoy en algunos grupos.

### **C. Han surgido errores por negar algunas de las tres afirmaciones que resumen la enseñanza bíblica**

En la sección previa hemos visto cómo la Biblia exige que afirmemos lo siguiente:

1. Dios es tres personas
2. Cada persona es plenamente Dios
3. Hay sólo un Dios

Antes de hablar más de la diferencia entre el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la manera en que se relacionan entre sí, es importante que examinemos algunos de los errores doctrinales respecto a la Trinidad que se han hecho en la historia de la Iglesia. En esta revisión histórica veremos algunos de los errores que nosotros mismos debemos evitar al pensar en esta doctrina. Por cierto, los principales errores trinitarios que han surgido han tenido lugar debido a una negación de una u otra de estas tres afirmaciones primarias.<sup>7</sup>

**1. El modalismo aduce que hay sólo una persona que se nos aparece de tres formas (o «modos») diferentes.** En diferentes épocas algunos han enseñado que Dios no es tres personas diferentes, sino sólo una persona que se aparece a la gente de «modos» diferentes en momentos diferentes. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento Dios aparecía como «Padre». En los Evangelios esta misma persona divina apareció como «el Hijo» como se ve en la vida humana y ministerio de Jesús. Después del Pentecostés, esta misma persona se ha revelado como «Espíritu» activo en la Iglesia.

El modalismo resulta atractivo por el deseo de martillar claramente que hay sólo un Dios. Puede decir que tiene el respaldo no sólo de los pasajes bíblicos que hablan de un Dios, sino también de pasajes tales como Juan 10:30 («El Padre y yo somos uno»), y Juan 14:9 («El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»). Sin embargo, este último pasaje puede simplemente querer decir que Jesús revela plenamente el carácter de Dios Padre, y el pasaje anterior (Jn 10:30), en un contexto en el que Jesús afirma que realizará todo lo que el Padre le ha dado que haga y que salvará a todos los que el Padre le ha dado, parece querer decir que Jesús y el Padre son uno en propósito.

La debilidad fatal del modalismo es el hecho de que debe negar las relaciones personales dentro de la Trinidad y que aparece en tantos lugares en las Escrituras (o debe afirmar que estas fueron simplemente una ilusión y no algo real). Si es así, debe negar que hubo tres personas separadas en el bautismo de Jesús, en donde el Padre habla desde el cielo y el Espíritu descendiende sobre Jesús como paloma. Debe decir que todas esas ocasiones en que Jesús ora al Padre son una ilusión o una charada. La idea del Hijo o del Espíritu Santo intercediendo por nosotros ante Dios Padre se pierde. Finalmente, el modalismo a fin de cuentas tira a un lado lo esencial de la doctrina de la expiación; es decir, la idea de que Dios envió al Hijo como sacrificio sustitutivo, y que el Hijo llevó la ira de Dios en lugar nuestro, y que el Padre, representando los intereses de la Trinidad, vio los sufrimientos de Cristo y quedó satisfecho (Is 53:11).

---

<sup>7</sup> Una excelente explicación de la historia y las implicaciones teológicas de las herejías trinitarias consideradas en esta sección se halla en Harold O. J. Brown, *Heresies: The Image of Christ in the Mirror of Heresy and Orthodoxy from the Apostles to the Present*, Doubleday, Garden City, N.Y., 1984; reimpresión, Hendrickson, Peabody, MA, 1998, pp. 95-157.

**2. El arrianismo niega la plena deidad del Hijo y del Espíritu Santo.** El término *arrianismo* se deriva de Arrio, obispo de Alejandría cuyas enseñanzas condenó el Concilio de Nicea en 325 d.C., y que murió en 336 d.C. Arrio enseñaba que Dios Padre creó en un punto a Dios Hijo, y que antes de ese tiempo el Hijo no existía, ni tampoco el Espíritu Santo, sino sólo el Padre. Según eso, aunque el Hijo es un ser celestial que existió antes del resto de la creación y que es mucho mayor que el resto de la creación, no es igual al Padre en todos sus atributos; incluso se puede decir que «se parece al Padre» o es «similar al Padre» en su naturaleza, pero no se puede decir que sea «de la misma naturaleza» que el Padre.

Los arrianos dependían fuertemente de los pasajes que llaman a Cristo el «unigénito» Hijo de Dios (Jn 1:14; 3:16, 18; 1 Jn 4:9). Si Cristo fue «unigénito» de Dios el Padre, razonaban, esto debe querer decir que Dios Padre le dio la existencia (porque la palabra *engendrar* en la experiencia humana se refiere a la función del padre en la concepción del hijo). Respaldo adicional para la enseñanza arriana se halla en Colosenses 1:15: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación». ¿Acaso aquí la palabra «primogénito» no implica que el Padre en algún punto le dio la existencia al Hijo? Y si esto es cierto del Hijo, debe necesariamente ser cierto también del Espíritu Santo.

Pero estos pasajes no nos exigen creer la posición arriana. Colosenses 1:15, que llama a Cristo «el primogénito de toda creación», se entiende mejor en el sentido de que Cristo tiene los derechos y privilegios del «primogénito»; o sea, según el uso y costumbres bíblicas, el derecho de liderazgo o autoridad en la familia de la generación de uno (vea He 12:16, en donde se dice de Esaú que vendió su «primogenitura» o «derecho de nacimiento»; la palabra griega *prototokia* es cognada del término *prototokos*, «primogénito» en Col. 1:15). Así que Colosenses 1:15 quiere decir que Cristo tiene los privilegios de autoridad y gobierno, privilegios que le corresponden al «primogénito» pero con respecto a toda la creación.

Las argumentaciones arrianas que usaban textos que se refieren a Cristo como el «unigénito» Hijo se basan en un mal entendimiento de la palabra griega *monogenés* (traducida, por ejemplo por la RVR como «unigénito» en Jn 1:14,18; 3:16,18, 1 Jn 4:9). Por muchos años se pensó que la palabra se derivaba de dos términos griegos: *mono* que quiere decir «solo» y *genao* que quiere decir «engendrar». Pero el estudio lingüístico del siglo XX demostró que la segunda mitad de la palabra se relaciona más bien con la palabra *genos*, que quiere decir «clase» o «tipo». Entonces, la palabra quiere decir «único en su clase» o hijo «singular» (vea también He 11:17, en donde Isaac es *monogenés* de Abraham, aunque no fue su único hijo). En vez de referirse a que Cristo descende del Padre, estos versículos afirman la posición única de Cristo como Hijo de Dios.

A pesar del malentendido de la Iglesia primitiva respecto a este término *monogenés*, se vio tan impactada por la fuerza de muchos otros pasajes que muestran que Cristo era plena y completamente Dios que concluyó que, sea lo que sea que «unigénito» signifique, no significa «creado». Por consiguiente el Credo Niceno en 325 afirmó que Cristo era «unigénito, no hecho»:

Creemos en un Dios, Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en el Señor Jesucristo, Hijo de Dios, unigénito del Padre, el unigénito; o sea, de la esencia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, el mismo Dios del mismo Dios, *unigénito, no hecho*, siendo de una sustancia [*jomoousion*] con el Padre...<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Esta es la forma original del Credo Niceno, pero más tarde fue modificado en el concilio de Calcedonia, en 381 d.C. y allí tomó la forma que las iglesias de hoy comúnmente conocen como Credo Niceno. Este texto fue tomado de Philip Schaff, *Creeds of Christendom*, 3 vols., Baker, Grand Rapids, 1983; reimpresión de la ed. de 1931, 1:28-29.

En repudio adicional a las enseñanzas de Arrio, el Credo Niceno insistió que Cristo era «de la misma sustancia que el Padre». La disputa con Arrio tenía que ver con dos palabras que se han hecho famosas en la historia de la doctrina cristiana: [*jomoousios*] («de la misma naturaleza») y *jomoiousios* («de naturaleza similar»). La diferencia depende del diferente significado de los dos prefijos griegos, *jomo*, que quiere decir «mismo», y *jomoi*, que quiere decir «similar». A Arrio le gustaba decir que Cristo fue un ser celestial sobrenatural y que fue creado por Dios antes de la creación del resto del universo, e incluso que era «similar» a Dios en su naturaleza. En esto Arrio concordaba con la palabra *jomoiousios*. Pero el concilio de Nicea en 325 y el concilio de Constantinopla en 381 entendieron que esto no era suficiente, porque si Cristo no es exactamente de la misma naturaleza que el Padre, no es plenamente Dios. Así que ambos concilios insistieron en que los cristianos ortodoxos confesaran que Jesús es *jomoousios*, de la *misma* naturaleza que Dios Padre. Mientras que la diferencia entre las dos palabras es sólo de una letra, esta diferencia era en verdad profunda, y marcaba la diferencia entre el cristianismo bíblico y la herejía, entre una doctrina verdadera de la Trinidad y una herejía que no aceptaba la plena deidad de Cristo y por consiguiente no era trinitaria y era a fin de cuentas destructiva para la fe cristiana.

Al afirmar que el Hijo era de la misma naturaleza que el Padre, la Iglesia naciente también excluyó una doctrina falsa relacionada con esta: la de la *subordinación*. Mientras el arrianismo sostenía que el Hijo fue creado y que no era divino, la idea de la subordinación sostenía que el Hijo era eterno (no creado) y divino, pero no era igual al Padre en ser o atributos; el Hijo era inferior o «subordinado» en ser al Dios Padre.<sup>9</sup> Como al arrianismo, el concilio de Nicea rechazó claramente esta idea.

**3. El triteísmo niega que haya sólo un Dios.** Una última manera de intentar una fácil reconciliación de la enseñanza bíblica en cuanto a la Trinidad sería negar que hay sólo un Dios. El resultado es decir que Dios es tres personas y que cada persona es plenamente Dios. Por consiguiente, hay tres Dioses. Técnicamente esta noción se llamaría «triteísmo».

Pocos la han sostenido en la historia de la Iglesia. Tiene similitudes con muchas religiones paganas antiguas que creían en una multiplicidad de dioses. Esta noción resultaría en confusión en la mente de los creyentes. No habría adoración absoluta, ni lealtad, ni devoción al único Dios verdadero. No sabríamos a cuál Dios dar nuestra suprema lealtad. Y, en un nivel más hondo, esta noción destruiría todo sentido de unidad suprema en el universo; incluso en el mismo ser de Dios habría pluralidad, pero no unidad.

Aunque ningún grupo moderno aboga por el triteísmo, tal vez muchos evangélicos de hoy sin intención se inclinan a nociones triteístas de la Trinidad, reconociendo la personalidad distinta del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero rara vez percatándose de la unidad de Dios como un ser indiviso.

**4. Importancia de la doctrina de la Trinidad.** ¿Por qué la Iglesia se preocupó tanto por la doctrina de la Trinidad? ¿Es realmente esencial sostener la plena deidad del Hijo y del Espíritu Santo? Sí, lo es, porque esta enseñanza tiene implicaciones para el mismo corazón de la fe cristiana.

Primero, la expiación está en juego. Si Jesús es meramente un ser creado, y no plenamente Dios, es difícil concebir que él, una criatura, pudo llevar la ira total de Dios contra todos nuestros pecados. ¿Podría alguna criatura, por grande que fuera, salvarnos de veras? Segundo,

---

<sup>9</sup> Hay que distinguir claramente la herejía de la subordinación, que sostiene que el Hijo es inferior en *ser* al Padre, de la doctrina ortodoxa de que el Hijo está eternamente subordinado al Padre *en papel o función*. Sin esta verdad perderíamos la doctrina de la Trinidad, porque no tendríamos ninguna distinción personal eterna entre el Padre y el Hijo, y ellos no serían eternamente Padre e Hijo. (Vea la sección D más adelante sobre las diferencias entre Padre, Hijo y Espíritu Santo.)

la justificación por la fe sola queda amenazada si negamos la plena deidad del Hijo. (Esto se ve hoy en la enseñanza de los Testigos de Jehová, quienes no creen en la justificación por la fe sola.) Si Jesús no es plenamente Dios, tendríamos derecho a dudar que podemos confiar en él para salvarnos completamente. ¿Podríamos depender de una criatura en cuanto a nuestra salvación? Tercero, si Jesús no es Dios infinito, ¿debemos orarle y adorarlo? ¿Quién, sino un Dios infinito y omnisciente, podría oír y responder a las oraciones de todo el pueblo de Dios? Y, ¿quién sino Dios mismo es digno de adoración? En verdad, si Jesús nos es más que una criatura, por grande que sea, sería idolatría adorarlo; y sin embargo el Nuevo Testamento nos ordena hacerlo (Fil 2:9-11; Ap 5.12-14). Cuarto, si alguien enseña que Cristo es un ser creado pero que de todas maneras el que nos salva, esta enseñanza erróneamente empieza a atribuirle el mérito de la salvación a una criatura y no a Dios mismo. Esta enseñanza erróneamente exalta a la criatura antes que al Creador, algo que la Biblia nunca nos permite hacer. Quinto, la independencia y naturaleza personal de Dios está en juego: Si no hay Trinidad, no hubo relaciones interpersonales en el ser de Dios antes de la creación, y, sin relaciones personales es difícil ver cómo Dios pudiera realmente ser personal o no tener necesidad de una creación con la cual relacionarse. Sexto, la unidad del universo está en juego: Si no hay perfecta pluralidad y perfecta unidad en Dios mismo, no tenemos base para pensar que puede haber unidad alguna entre los diversos elementos del universo. Claramente en la doctrina de la trinidad se pone en juego la esencia misma de la fe cristiana.

#### **D. ¿Cuáles son las distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?**

Después de completar esta revisión de los errores respecto a la Trinidad, podemos pasar a preguntarnos si se puede decir algo más respecto a las distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si decimos que cada miembro de la Trinidad es plenamente Dios, y que cada persona comparte y participa de todos los atributos de Dios, ¿hay alguna diferencia entre las personas?

**1. Las personas de la Trinidad tienen diferentes funciones primarias al relacionarse con el mundo.** Cuando la Biblia habla de la manera en que Dios se relaciona con el mundo, tanto en la creación como en la redención, dice que las personas de la Trinidad tienen diferentes funciones o actividades primarias. A veces a esto se llama «economía de la Trinidad» usando *economía* en el sentido antiguo de «ordenación de actividades». (En este sentido la gente solía hablar de la «economía de una casa» o «economía del hogar» para referirse no sólo los asuntos financieros de un hogar, sino a la «ordenación de actividades» dentro de la casa.) La «economía de la Trinidad» quiere decir las diferentes maneras en que las tres personas actúan al relacionarse con el mundo y (como veremos en la próxima sección) entre sí por toda la eternidad.

Vemos estas diferentes funciones en la obra de la creación. Dios Padre dijo las palabras creadoras para hacer que el universo llegara a existir. Pero fue Dios Hijo, el eterno Verbo de Dios, el que realizó estos decretos creativos: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Jn 1:3; vea también 1 Co 8:6; Col 1:16; He 1:2). El Espíritu Santo estaba también activo de una manera diferente, al «moverse» o «ir y venir» sobre la superficie de las aguas (Gn 1:2), al parecer sustentando y manifestando la presencia inmediata de Dios en su creación (cf. Sal 33:6, en donde «soplo» tal vez se traduzca mejor «Espíritu»; vea también Sal 139:7).

Podemos también ver funciones distintas en la obra de la redención. Dios Padre planeó la redención y envió a su Hijo al mundo (Jn 3:16; Gá 4:4; Ef 1:9-10). El Hijo obedeció al Padre y realizó nuestra redención (Jn 6:38; He 10:5-7; et ál.). Dios Padre no vino y murió por nuestros pecados, ni tampoco Dios Espíritu Santo. Fue la obra particular del Hijo. Luego, después de

que Jesús ascendió al cielo, el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo para que aplicara la redención a nosotros. Jesús habla del «Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre» (Jn 14:26), pero también dice que él mismo enviará al Espíritu Santo, porque dice: «Si me voy, se lo enviaré a ustedes» (Jn 16:7). Es papel especialmente del Espíritu Santo darnos regeneración, o vida nueva espiritual (Jn 3:5-8), santificarnos (Ro 8:13; 15:16; 1 P 1:2), y darnos poder para el servicio (Hch 1:8; 1 Co 12:7-11). En general, la obra del Espíritu Santo parece ser llevar a término la obra que fue planeada por Dios Padre y empezada por Dios Hijo.

Así que podemos decir que el papel del Padre en la creación y en la redención ha sido planear, dirigir y enviar al Hijo y al Espíritu Santo. Esto es lógico, porque muestra que el Padre y el Hijo se relacionan uno al otro como un padre y un hijo se relacionan entre sí en una familia humana: El padre dirige y tiene autoridad sobre el hijo, y el hijo obedece y sigue las instrucciones del padre. El Espíritu Santo es obediente a las directivas tanto del Padre como del Hijo.

En fin, que si bien las personas de la Trinidad son iguales en todos sus atributos, difieren en cuanto a la creación. El Hijo y el Espíritu Santo son iguales a Dios Padre en deidad, pero subordinados en sus funciones.

**2. Las personas de la Trinidad existieron eternamente como Padre, Hijo y Espíritu Santo.** Pero, ¿por qué las personas de la Trinidad asumen estos diferentes papeles al relacionarse con la creación? ¿Fue accidental o arbitrario? ¿Podría Dios Padre haber venido en lugar del Dios Hijo para morir por nuestros pecados? ¿Podría el Espíritu Santo haber enviado a Dios Padre para que muriera por nuestros pecados, y entonces enviar a Dios Hijo para que pusiera en práctica la redención?

No; no parece que esto pudiera haber sucedido, porque la función de ordenar, dirigir y enviar es apropiada a la posición del Padre, por quien se modela toda la paternidad humana (Ef 3:14-15). El papel del obediente que va conforme envía el Padre y revela a Dios es apropiado al papel del Hijo, al que también se le llama el Verbo de Dios (cf. Jn 1:1-5, 14, 18; 17:4; Fil 2:5-11). Estas funciones no se podían haber invertido porque el Padre habría dejado de ser Padre y el Hijo habría dejado de ser Hijo. Por analogía de esa relación podemos concluir que el papel del Espíritu Santo es de igual modo adecuado a la relación que tenía con el Padre y el Hijo antes de que el mundo fuera creado.

Segundo, antes de que el Hijo viniera a la tierra, e incluso antes de que el mundo fuera creado, por toda la eternidad el Padre ha sido el Padre, el Hijo ha sido el Hijo, y el Espíritu Santo ha sido el Espíritu Santo. Estas relaciones son eternas, no algo que sucedió sólo en el tiempo. Podemos concluir esto primero de la inmutabilidad de Dios (vea cap. 4). Si Dios ahora existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo, siempre ha existido como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Podemos también concluir que las relaciones son eternas a partir de otros versículos bíblicos que hablan de las relaciones que tenían entre sí los miembros de la Trinidad antes de la creación del mundo. Por ejemplo, cuando la Biblia habla de la obra de Dios en la elección (vea cap. 18) antes de la creación del mundo, habla que el Padre nos escogió «en» el Hijo: «Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que ... *nos escogió en él* antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él» (Ef 1:3-4). El acto de iniciación de la elección se atribuye a Dios el Padre, quien nos consideró unidos a Cristo o «en Cristo» antes de que siquiera existiéramos (vea también Ro 8:29: El Padre nos «predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo»). Incluso el hecho de que el Padre «dio a su Hijo unigénito» (Jn 3:16) y «envió a su Hijo al mundo» (Jn 3:17) indica que hubo una relación de Padre a Hijo antes de que Cristo viniera al mundo.

Cuando la Biblia habla de la creación, de nuevo habla de que el Padre creó *a través* del Hijo, lo que indica una relación anterior al momento en que empezó la creación (vea Jn 1:3; 1 Co 8:6; He 1:2). Pero en ninguna parte dice que el Hijo o el Espíritu Santo crearon *a través* del Padre. Estos pasajes de nuevo implican que hubo una relación de Padre (como autor) e Hijo (como agente activo) antes de la creación, y que esta relación hizo apropiado que las diferentes personas de la Trinidad cumplieran los papeles que cumplieron.

Por consiguiente, las diferentes funciones que vemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo realizar son simplemente resultado de una relación eterna entre las tres personas, relación que siempre ha existido y siempre existirá por la eternidad. Dios siempre ha existido como tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estas distinciones son esenciales para la naturaleza de Dios, y no podría ser de otra manera.

Finalmente, se puede decir que no hay diferencias en deidad, atributos o naturaleza esencial entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cada persona es plenamente Dios y tiene todos los atributos de Dios. *Las únicas distinciones entre los miembros de la Trinidad están en la manera en que se relacionan entre sí y con la creación.* En esas relaciones desempeñan funciones o papeles apropiados para cada persona.

Esta verdad acerca de la Trinidad a veces se ha resumido en la frase «igualdad ontológica pero subordinación económica», en la que la palabra *ontológica* quiere decir «ser» y *económica* se refiere a las diferentes actividades o papeles. Otra manera de expresar esto en forma más sencilla sería decir «igual en ser pero subordinados en papeles». Ambas partes de esta frase son necesarias para una doctrina verdadera de la Trinidad: Si no tenemos igualdad ontológica no todas las personas son plenamente Dios. Pero si no tenemos subordinación económica,<sup>10</sup> no hay diferencia inherente en la manera en que las tres personas se relacionan entre sí, y consecuentemente no tenemos tres personas distintas existiendo como Padre, Hijo y Espíritu Santo por toda la eternidad.

Algunos escritos evangélicos recientes han negado una subordinación eterna en el papel entre los miembros de la Trinidad, tal vez pensando que un papel subordinado necesariamente implica menor importancia o menos personalidad. Por supuesto, no hay posición de inferioridad entre los miembros de la Trinidad a pesar de sus diferentes funciones, y la idea de una subordinación eterna en función ha sido claramente parte de la doctrina de la Iglesia sobre la Trinidad por lo menos desde el concilio de Nicea (325 d.C.). Así lo dice Charles Hodge:

La doctrina nicena incluye (1) el principio de subordinación del Hijo al Padre, y del Espíritu al Padre y al Hijo. Pero esta subordinación propuesta es sólo lo que tiene que ver con el modo de subsistencia y operación. ...

Los credos no son sino el arreglo bien ordenado de los hechos de la Biblia que tienen que ver con la doctrina de la Trinidad. Afirman la distinta personalidad del Padre, Hijo y Espíritu ... y su resultante perfecta igualdad; y la subordinación del Hijo al Padre, y del Espíritu al Padre y al Hijo, en lo que tiene que ver con modo de subsistencia y operación. Estos son hechos bíblicos, a los que los credos en cuestión no añaden nada; y *es en este sentido que la Iglesia universal los ha aceptado.*<sup>11</sup>

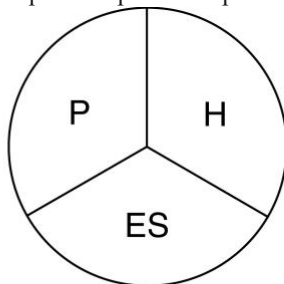
**3. ¿Cuál es la relación entre las tres personas y el ser de Dios?** Después de la explicación que antecede, la cuestión que queda sin resolver es: «¿Cuál es la diferencia entre *persona* y

<sup>10</sup> Hay que distinguir con todo cuidado entre la subordinación económica y el error del «subordinacionismo», que sostiene que el Hijo y el Espíritu Santo son inferiores *en ser* al Padre (vea la sección C.2, pp. 112-114.)

<sup>11</sup> *Systematic Theology*, 3 vols., Eerdmans, Grand Rapids, 1970; publicado primero en 1871-73, 1:460-62 (cursivas mías).

*ser* en esta consideración? ¿Cómo podemos decir que Dios es un ser indiviso, y que sin embargo en este ser haya tres personas?»

Primero, es importante afirmar que cada persona es *completa y plenamente Dios*; es decir que cada persona tiene la plenitud del ser de Dios en sí misma. El Hijo no es parcialmente Dios ni simplemente un tercio de Dios, sino que el Hijo es total y completamente Dios, y lo mismo el Padre y el Espíritu Santo. Por lo tanto, no sería correcto pensar en cuanto a la Trinidad según la figura 6.1, en la que cada persona representa sólo un tercio del ser de Dios.

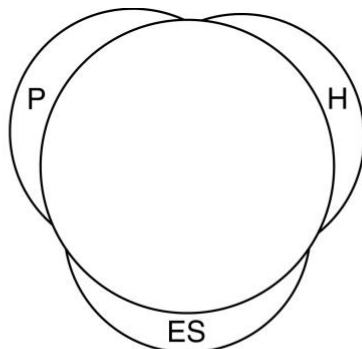


El ser de Dios no está dividido en tres partes iguales  
que pertenecen a los tres miembros de la Trinidad

figura 6.1

Más bien, debemos decir que la persona del Padre posee *el ser total* de Dios en sí mismo. Similarmente, el Hijo posee *el ser total* de Dios en sí mismo y el Espíritu Santo posee *el ser total* de Dios en sí mismo. Cuando hablamos de Padre, Hijo y Espíritu Santo juntos, no estamos hablando de un ser más grande que cuando hablamos del Padre solo, o del Hijo solo, o del Espíritu Santo solo. El Padre es *todo* el ser de Dios. El Hijo es también *todo* el ser de Dios. Y el Espíritu Santo es *todo* el ser de Dios.

Pero si cada persona es *totalmente Dios* y tiene *todo* el ser de Dios, no debemos pensar que las distinciones personales son atributos añadidos al ser de Dios, algo como lo ilustra la figura 6.2.



Las distinciones personales no son  
atributos añadidos al ser de Dios

figura 6.2

Más bien, cada persona de la Trinidad tiene todo los atributos de Dios, y ninguna persona tiene un atributo que los otros no posean.

Por otro lado debemos decir que las personas son *reales*, que no son simplemente diferentes maneras de percibir al solo ser de Dios. (Esto sería modalismo, como se explicó anteriormente.) Así que la figura 6.3 no sería apropiada.

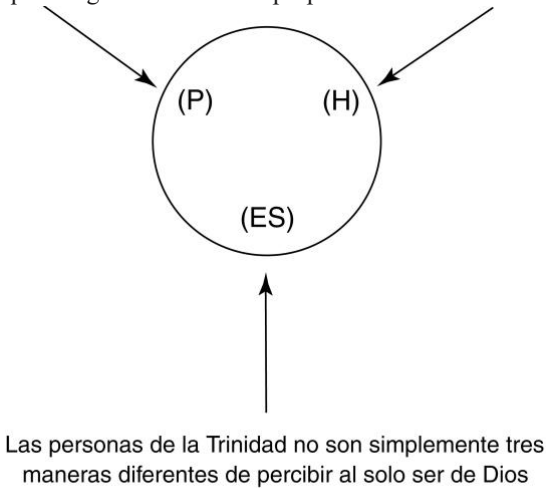


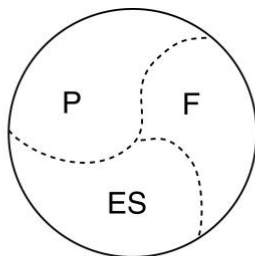
figura 6.3

Más bien, debemos concebir la Trinidad de tal manera que se mantenga la realidad de las tres personas, y se vea a cada persona relacionada con las otras como un «yo» (una primera persona) y un «tú» (una segunda persona) y un «él» (una tercera persona).

La única manera en que parece posible hacer esto es decir que la distinción entre las personas no es una diferencia en «ser» sino una diferencia en «relaciones». Esto es algo mucho más distante de nuestra experiencia humana, en la que toda «persona» humana diferente es un ser diferente a la vez. De cierta manera, el ser de Dios es tan extraordinario comparado con el nuestro que dentro de ese ser indiviso puede haber un desdoblamiento en relaciones interpersonales tal que son tres personas distintas.

¿Cuáles son, entonces, las diferencias entre Padre, Hijo y Espíritu Santo? No hay diferencia alguna en atributos. La única diferencia entre ellos es la manera en que se *relacionan* entre sí y con la creación. La única cualidad del Padre es la manera en que *se relaciona como Padre* con el Hijo y el Espíritu Santo. La cualidad única del Hijo es la manera en que *se relaciona como Hijo*. La cualidad única del Espíritu Santo es la manera en que *se relaciona como Espíritu*.

La figura 6.4 puede ser útil al pensar en la existencia de tres personas en el ser indiviso de Dios.



Hay tres personas distintas, y el ser de cada persona es igual al ser total de Dios

figura 6.4

En la figura 6.4 se representa al Padre como la sección del círculo designada con una P y también el resto del círculo moviéndose en el sentido de las manecillas del reloj desde la letra P; al Hijo se le representa como la sección del círculo designada con la H y también el resto del círculo moviéndose alrededor en sentido de las manecillas del reloj desde la letra H; y al Espíritu Santo se le representa como la sección del círculo marcada ES y también el resto del círculo moviéndose en sentido de las manecillas del reloj desde ES. Hay, pues, tres personas distintas, pero cada persona es plena y totalmente Dios. Por supuesto, la representación es imperfecta, porque no puede representar la infinitud y personalidad de Dios y, por supuesto, ninguno de sus atributos. También requiere mirar al círculo en más de una manera a fin de comprenderlo. Las líneas punteadas se deben tomar como que indican relación personal, no división en el ser de Dios. El círculo en sí representa el ser de Dios, mientras que las líneas punteadas representan una forma de existencia personal que no es diferencia de ser. Pero el diagrama puede de todas maneras ayudarnos a guardarnos de algún malentendido.

De esta explicación resulta claro que la forma tripersonal de ser es algo que está mucho más allá de nuestra capacidad de comprender. *Es una existencia muy diferente de todo lo que hemos experimentado* y muy diferente de cualquier otra cosa en el universo. Debido a que la existencia de tres personas en un solo Dios es algo que está más allá de nuestro entendimiento, la teología cristiana ha llegado a usar la palabra *persona* para referirse a estas diferencias en relaciones, no porque comprendamos plenamente lo que se quiere decir con la palabra *persona* al referirse a la Trinidad, sino más bien para que podamos decir algo en lugar de quedarnos sin decir nada.

**4. ¿Podemos entender la doctrina de la Trinidad?** Los errores que se han cometido en el pasado deberían servirnos de advertencia. Todos han resultado de intentos de simplificar la doctrina de la Trinidad y hacerla completamente comprensible, quitándole todo misterio. Esto nunca se podrá hacer. Sin embargo, no es correcto decir que no podemos entender nada de la doctrina de la Trinidad. Claro que podemos entenderla y saber que Dios es tres personas, y que cada persona es plenamente Dios, y que hay un solo Dios. Podemos saber estas cosas porque la Biblia las enseña. Es más, podemos saber algunas cosas de la manera en que las personas se relacionan entre sí (vea la sección anterior). Pero lo que no podemos comprender totalmente es cómo todas estas enseñanzas bíblicas encajan unas con otras. Nos preguntamos cómo puede haber tres personas distintas y cada persona tener todo el ser de Dios en sí mismo, y sin embargo Dios es un solo ser indiviso. Esto no podemos entenderlo. En verdad, es saludable espiritualmente reconocer abiertamente que el mismo ser de Dios es mucho más grande de lo

que jamás podremos comprender. Esto nos hace humildes ante Dios y nos lleva a adorarlo sin reservas.

Pero también hay que decir que la Biblia no nos pide creer en una contradicción. Una contradicción sería: «Hay sólo un Dios y no hay un solo Dios», o «Dios es tres personas y Dios no es tres personas», o incluso (que es similar a la afirmación previa) «Dios es tres personas y Dios es una persona». Pero decir que «Dios es tres personas y hay sólo un Dios» no es una contradicción. Es algo que no entendemos, y es por consiguiente un misterio o una paradoja, pero no debe sernos problema por cuanto los diferentes aspectos del misterio están enseñados claramente en la Biblia, porque mientras seamos criaturas finitas y no omnisciente deidad, siempre habrá (por toda la eternidad) cosas que no entenderemos plenamente.

## E. Aplicación

Debido a que Dios en sí mismo tiene unidad y diversidad, es lógico que la unidad y la diversidad se reflejen también en las relaciones humanas que él ha establecido.

Vemos esto primero en el matrimonio. Cuando Dios creó al hombre a su imagen, no creó meramente individuos aislados, sino que la Biblia nos dice: «Hombre y mujer los creó» (Gn 1:27). En la unidad del matrimonio (vea Gn 2:24) vemos, no una triunidad como con Dios, pero por lo menos una notable unidad de dos personas, personas que siguen siendo individuos distintos y sin embargo también llegan a ser un cuerpo, una mente y un espíritu (cf. 1 Co 16:20; Ef 5:3). En realidad, en la relación entre un hombre y una mujer en el matrimonio vemos también un cuadro de la relación entre el Padre y el Hijo en la Trinidad. Pablo dice: «Ahora bien, quiero que entiendan que Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo» (1 Co 11:3). Aquí, así como el Padre tiene autoridad sobre el Hijo en la Trinidad, el esposo tiene autoridad sobre la esposa en el matrimonio. El papel del esposo es paralelo al de Dios Padre y el papel de la esposa es paralelo al de Dios Hijo. Es más, así como Padre e Hijo son iguales en deidad, importancia y personalidad, el esposo y la esposa son iguales en humanidad, importancia y personalidad. Y, aunque la Biblia no lo menciona explícitamente, el don de los hijos dentro del matrimonio, resultado del padre y de la madre, y sujetos a la autoridad tanto del padre como de la madre, es análogo a la relación del Espíritu Santo al Padre y al Hijo en la Trinidad.

También vemos un reflejo de la diversidad y unidad de Dios en la Iglesia, que tiene «muchos miembros» pero «un cuerpo» (1 Co 12:12). Tenemos muchos miembros diferentes en nuestras iglesias con diferentes talentos e intereses, y dependemos unos de otros y nos ayudamos unos a otros, demostrando por eso gran diversidad y gran unidad al mismo tiempo. Cuando vemos a diferentes personas haciendo muchas cosas diferentes en la vida de una iglesia, debemos dar gracias a Dios porque esto nos permite glorificarle al reflejar algo de la unidad y diversidad de la Trinidad.

Debemos también notar que el propósito de Dios en la historia del universo frecuentemente ha sido exhibir unidad en la diversidad, y así exhibir su gloria. Vemos esto no solamente en la Iglesia sino también en la unidad de judíos y gentiles, para que todas las razas, diversas como son, estén unidas en Cristo (Ef 2:16; 3:8-10; vea también Ap 7:9). Pablo se asombra de que los planes de Dios para la historia de la redención hayan sido como una gran sinfonía cuya sabiduría está más allá de su comprensión (Ro 11:33-36). Aun en la unidad misteriosa entre Cristo y la Iglesia, en la cual se le llama esposa de Cristo (Ef 5:31-32), vemos unidad más allá de lo que jamás imaginaríamos, unidad con el Hijo de Dios mismo. Sin embargo, en todo esto nunca perdemos nuestra identidad individual sino que seguimos siendo personas distintas siempre capaces de adorar y servir a Dios como individuos.

A la larga, el universo entero participará de esta unidad de propósito y cada parte diversa contribuirá a la adoración de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque un día en el nombre de

Jesús toda rodilla se doblará «en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua [confesará] que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil 2:10-11).

En la vida diaria desempeñamos muchas actividades como seres humanos (por ejemplo, en la fuerza laboral, en organizaciones sociales, en presentaciones musicales, equipos atléticos, etc.) en los que muchos individuos distintos contribuyen a una unidad de propósito o actividad. Al ver en estas actividades un reflejo de la sabiduría de Dios al permitirnos simultáneamente unidad y diversidad, podemos ver un tenue reflejo de la gloria de Dios en su existencia trinitaria. Aunque nunca lograremos entender plenamente el misterio de la Trinidad, podemos adorar a Dios por quién él es en nuestros cantos de alabanza, así como en las palabras y acciones nuestras que reflejan algo de la excelencia de su carácter.

## II. PREGUNTAS DE REPASO

### **1. Evidencia bíblica de la Trinidad en el Antiguo y Nuevo Testamento**

#### **A. Evidencia en el Antiguo Testamento**

Aunque la Trinidad no está plenamente revelada en el AT, sí hay indicios claros de pluralidad en la Deidad:

##### **a) Pluralidad en Dios**

Génesis 1:26 – “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”

→ Uso del plural → indica pluralidad personal dentro del único Dios.

Génesis 11:7 – “Descendamos, y confundamos allí su lengua”

Isaías 6:8 – “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”

---

##### **b) Distinción de personas divinas**

Salmo 110:1 – “Jehová dijo a mi Señor...”

→ Dos personas divinas claramente diferenciadas.

Isaías 48:16 – “Me envió Jehová el Señor, y su Espíritu.”

→ Se distinguen: Jehová, el Enviado (el Hijo), y el Espíritu.

---

### **c) El Espíritu Santo como persona divina**

Génesis 1:2 – “El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”

Isaías 63:10 – El Espíritu puede ser contristado → personalidad.

---

## **B. Evidencia en el Nuevo Testamento**

Aquí la Trinidad es claramente revelada.

---

### **a) Bautismo de Jesús**

Mateo 3:16–17

- El Hijo es bautizado
- El Espíritu desciende
- El Padre habla desde el cielo

→ Tres personas actuando simultáneamente.

---

### **b) Fórmula bautismal trinitaria**

Mateo 28:19 – “bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”

→ Un solo nombre, tres personas.

---

### **c) Bendición apostólica**

2 Corintios 13:14

→ Gracia (Hijo), amor (Padre), comunión (Espíritu).

---

### **d) Deidad de cada persona**

Padre: Juan 6:27

Hijo: Juan 1:1; Colosenses 2:9

Espíritu: Hechos 5:3–4

---

## **2. Las tres afirmaciones fundamentales de la Trinidad con respaldo bíblico**

### **Afirmación 1:**

Hay un solo Dios.

- ☐ Deuteronomio 6:4 – “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”
- ☐ Isaías 45:5

**Afirmación 2:**

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son cada uno plenamente Dios.

- ☐ Padre: 1 Corintios 8:6
- ☐ Hijo: Juan 1:1; Hebreos 1:8
- ☐ Espíritu: Hechos 5:3–4; 1 Corintios 3:16

**Afirmación 3:**

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas distintas.

- ☐ Juan 14:16–17 – Jesús habla del Padre y del Espíritu como otros distintos de Él.
- ☐ Mateo 3:16–17

**3. ¿Qué afirmación niega cada herejía?**

| Herejía           | Qué enseña                                   | Afirmación que la refuta                 |
|-------------------|----------------------------------------------|------------------------------------------|
| Modalismo         | Un solo Dios que se manifiesta en tres modos | Afirmación 3: Son personas distintas     |
| Arrianismo        | El Hijo fue creado                           | Afirmación 2: El Hijo es plenamente Dios |
| Subordinacionismo | El Hijo y el Espíritu son inferiores         | Afirmación 2: Son plenamente Dios        |
| Triteísmo         | Tres dioses distintos                        | Afirmación 1: Hay un solo Dios           |

**4. Distinciones entre las personas de la Trinidad y su obra en creación y redención**

| <b>Persona</b> | <b>Rol principal</b>                 |
|----------------|--------------------------------------|
| Padre          | Fuente, planificador, originador     |
| Hijo           | Revelador, mediador, redentor        |
| Espíritu Santo | Aplicador, regenerador, santificador |

---

III. PREGUNTAS PARA LA APLICACIÓN PERSONAL

---

1. ¿Por qué Dios se agrada cuando las personas dan muestra de fidelidad, amor y armonía dentro de una familia? ¿Cuáles son algunas maneras en que los miembros de su familia pueden reflejar la diversidad que se halla en los miembros de la Trinidad? ¿Cuáles son algunas maneras en que las relaciones en su familia podrían reflejar más plenamente la unidad de la Trinidad? ¿Cómo pudiera la diversidad de las personas de la Trinidad animar a los padres a permitir que sus hijos desarrollen diferentes intereses unos de otros, y de los de sus padres, sin pensar que la unidad de la familia sufrirá daño?

**La familia y el reflejo de la Trinidad**

**¿Por qué Dios se agrada cuando hay fidelidad, amor y armonía en la familia?**

Dios se agrada porque la familia fue diseñada para reflejar su propia naturaleza trinitaria: unidad perfecta en diversidad perfecta.

☐ Génesis 1:26–27 – El ser humano fue creado a imagen de Dios.

☐ Juan 13:34–35 – El amor mutuo glorifica a Dios.

La fidelidad, el amor y la armonía reflejan:

- La comunión eterna entre Padre, Hijo y Espíritu Santo.
- La unidad sin confusión y la diversidad sin división.

2. ¿Ha pensado usted alguna vez que si su iglesia permitiera que se realizaran nuevas clases de ministerios, a lo mejor eso estorbaría la unidad de la iglesia? ¿Cómo pudiera el hecho de la unidad y diversidad en la Trinidad ayudarle a enfocar estas preguntas?

### **¿Nuevos ministerios estorban la unidad?**

No, si se comprenden bajo el modelo trinitario.

☐ 1 Corintios 12:12–27

La Trinidad muestra que:

- Diversidad funcional fortalece la unidad.
- La uniformidad no es requisito para la armonía.

Una iglesia sana:

- Permite nuevos ministerios.
- Discierne dones.
- Multiplica oportunidades de servicio.

3. ¿Piensa usted que la naturaleza trinitaria de Dios se refleja más completamente en una iglesia en la que todos los miembros tienen el mismo trasfondo racial, o una en la que los miembros son de diferentes razas (vea Ef 3:1-10)?

☐ Efesios 3:1–10

La iglesia refleja más completamente la naturaleza trinitaria cuando:

- Hay diversidad racial, cultural y social.
- Existe unidad espiritual real.

Una iglesia multiétnica refleja mejor:

- La reconciliación en Cristo.
- La sabiduría multiforme de Dios.

☐ Apocalipsis 7:9

→ La diversidad racial no debilita la unidad, la glorifica.

4. Además de nuestras relaciones dentro de nuestras familias, todos existimos en otras relaciones respecto a autoridades humanas, como en el gobierno, empleo, sociedades voluntarias, instituciones educativas y atletismo. Sea en la familia o en alguno de estos otros aspectos, dé un ejemplo de la manera en que la forma en que usted usa su autoridad o su respuesta a la autoridad pudiera ser más como el patrón de relaciones en la Trinidad.

**Ejemplo práctico: autoridad en el hogar**

- Padres: ejercen autoridad con amor, no tiranía.
- Hijos: obedecen con respeto, no por miedo.

☐ Efesios 6:1–4

**Ejemplo en el trabajo**

- Líderes: sirven, no dominan.

- Empleados: cooperan con excelencia.

☐ Marcos 10:42–45

---

### Modelo trinitario

- El Hijo se somete al Padre sin perder igualdad.
- El Espíritu glorifica al Hijo con gozo.

☐ Juan 5:19; Juan 16:13–14

➔ Autoridad sin abuso, sumisión sin inferioridad.

5. En el ser de Dios tenemos infinita unidad combinada con la preservación de personalidades distintas que pertenecen a los miembros de la Trinidad. ¿Cómo puede este hecho asegurarnos que si alguna vez empezamos a temer que el llegar a estar más unidos en Cristo, y unos a otros en la iglesia, pudiera tender a eliminar nuestras personalidades individuales? En el cielo, a su modo de pensar, ¿será usted exactamente igual a todos los demás, o tendrá una personalidad

distinta y propia? ¿En qué forma las religiones orientales (tales como el budismo) difieren del cristianismo respecto a esto?

### ¿Perderemos nuestra individualidad en Cristo?

No. La Trinidad demuestra que:

La unidad perfecta preserva la identidad personal.

Cada persona divina:

- Es plenamente Dios,
- Sin perder su distinción personal.

☐ 1 Corintios 15:42–44

☐ Apocalipsis 2:17

En el cielo:

- Seguiremos siendo nosotros mismos.
- Pero glorificados, restaurados y perfeccionados.

---

**¿Seremos todos iguales en personalidad?**

No.

- Tendremos personalidades distintas.
- Sin pecado, sin orgullo, sin competencia.

☐ Mateo 25:21 – Recompensas individuales.

#### IV. TÉRMINOS ESPECIALES

---

arrianismo  
igualdad ontológica  
*jomoiousios*

unigénito  
subordinación económica  
subordinacionismo

*jomoousios*

Trinidad

modalismo

triteísmo

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

---

**MATEO 3:16-17**

*Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él».*